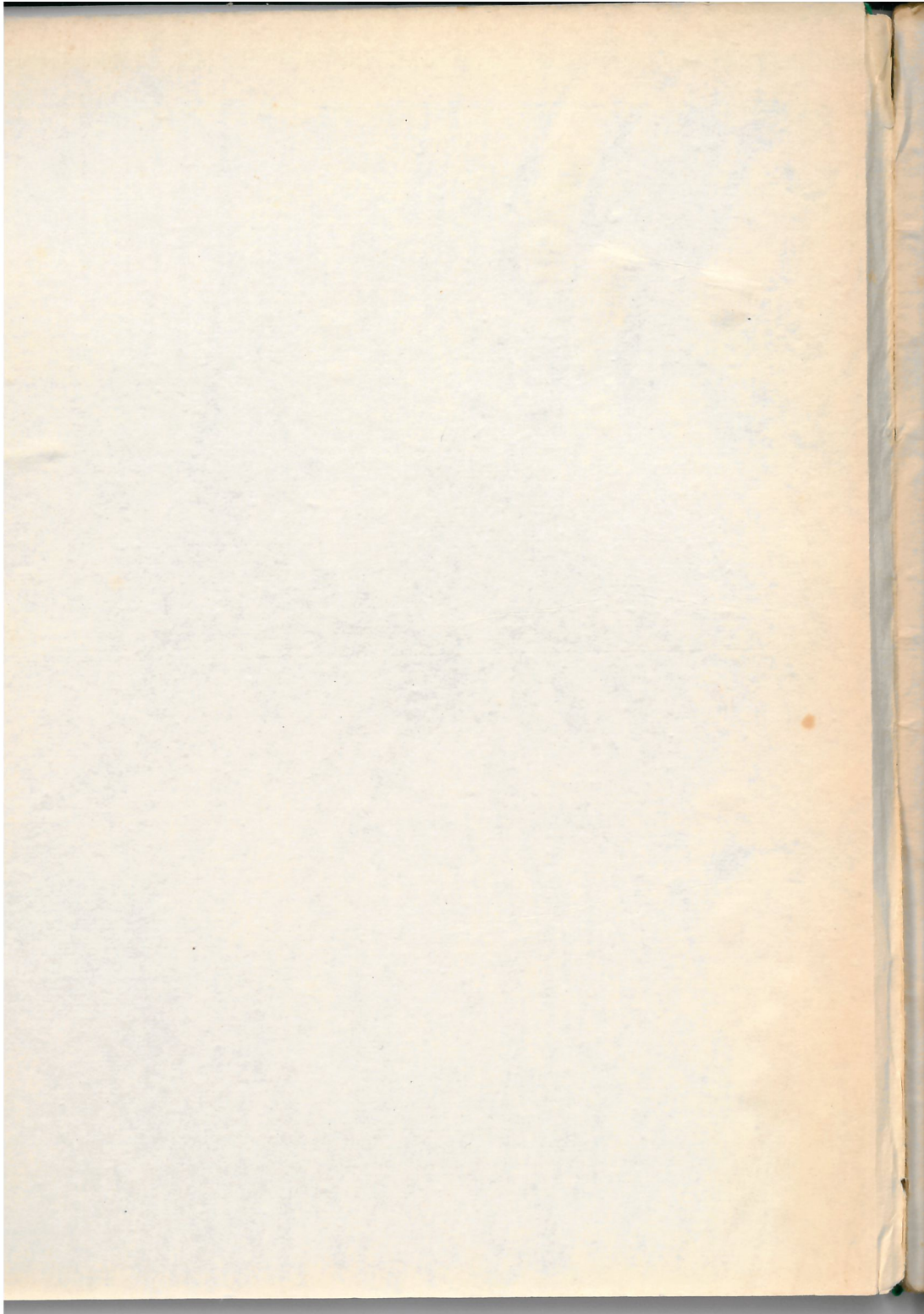


**EL
ENIGMA
DE
MAZARRON**





Handwritten signature: *Handwritten*

CASOS POLICIACOS REALES

EL ENIGMA DE MAZARRON



por
CARGEL BLASTON

Handwritten signature in blue ink, possibly reading 'Cargel Blaston'.

EDITORIAL SENEN MARTIN

Plaza de José Tome, 2

AVILA

Hausler

Esto sucedió realmente:

Tres personas deslizándose penosamente... Como espectros... Hay una quietud sobrecogedora por doquier en aquel lugar desierto, mientras arriba parpadean medrosamente las estrellas. El mar acaricia la playa. Las olas blancas, en la orilla, semejan pálidas manos que desearan asir la costa. Pero vuelven a resbalar hacia dentro con abandono de moribundos. Diseminadas en la arena, varias rocas destacan aisladamente. Los tres seres fantasmales caminan hasta sentarse en una de ellas. Casi forman una sola figura espantable en la noche calma... ¿Qué sabe el mundo de su oscura y morbosa tragedia?... No son nadie, apenas una sombra más junto al espacio casi infinito del mar... Sin embargo, cualquier vida es grande, tan grande como el propio universo, porque una existencia abarca todo... ¡Y tres vidas son tres inmensidades, aunque sean difusas y apagadas!...

El grotesco sainete ante la Naturaleza toca a su fin. Uno de ellos ha abierto una maleta, y unas copas de cristal, llenas de algo, brillan pálidamente al ser manejadas. Todo aquello es sórdido. Los luceros parpadean angustiados como ojos mortales que quisieran sacudir la pesadilla... Una de las tres personas se aleja tambaleándose hacia el agua. Sus pies se hunden en la arena fina cuando avanza. Ha caído varias veces de hinojos antes de sentir en los tobillos el lengüetazo de la espuma... Los otros dos perso-

najes están inmóviles. Por un instante parece que llaman, pero su voz es pequeña... La muerte ahoga aquellos gemidos con la huesuda mano en sus bocas... Un cometa rojo cruza el cielo negro sin producir ruido...

También sucedió que un pescador recorrió aquel trozo de playa el día siguiente. El sol había sacado de las aguas parte de su cara mofletuda. No hacía mucho fresco, pero el hombre de mar sintió temblar sus carnes ante aquella rúbrica de la Muerte. Sus nudosos pies desnudos parecían soldados a la roca. Tuvo miedo de aproximarse más y dió la vuelta. Giró, quedando de espaldas a los dos cuerpos yertos. Prendió luego la pipa con mano poco firme y marchó a contarlo, sin volver su cabeza ni una sola vez...

El Inspector Petinal estaba pasando el rato aquella tarde en una concurrida bolera del barrio más céntrico de la capital. Era un hombre que no llegaba a la treintena, de sonrisa agradable, elevada estatura y anchas espaldas. Gozaba de gran aprecio en el Cuerpo General de Policía por el fogoso entusiasmo que ponía en la resolución de los casos y por la especie de clarividencia que parecía poseer para llegar prontamente a la clave de los misterios. Pudiera haber gozado de fantástico partido entre las damas, gracias a su atrevente presencia y a la elegancia con que sabía llevar encima los mejores trajes. Ello, unido a la posesión de una mediana fortuna y el ejercicio de una carrera que entraña riesgos, aventuras y emociones —como es la Policía—, colocaba en sus manos todos los resortes capaces de rendir los corazones del bello sexo. Pero Luis Petinal consagraba exclusivamente sus impulsos a la consecución de dos serios objetivos: uno era abrirse paso hacia el «sí» que debían pronunciar los labios de cierta jovencita bella, seria y reconcentrada, que se llamaba May; el otro objetivo —al que dedicaba sus mejores horas— era el de convertirse en un agente policíaco, al que pudiera citarse como ejemplo dentro del Cuerpo. Ello era difícil, pues todos procuraban superarse, pero Petinal hacía todo lo posible.

Le constaba que todo perfecto funcionario policíaco ha de cuidar esmeradamente su estado físico, y por ello practicaba con intensidad aquel deporte como distraída coyuntura de aplicar hasta los momentos de ocio a su objetivo de transformarse en *uno de los mejores*.

Estaba satisfecho de la vida en aquellos momentos. En mangas de camisa, entre el estrépito de los bolos al ser derribados y el retumbar de la gruesa esfera resbalando por la pista, encontraba verdadero placer.

Una sola consideración velaba aquella alegría. La contrariedad de no tener entre manos una nueva oportunidad para actuar.

Llevaba cerca de tres cuartos de hora lanzando la esfera, una y otra vez, contra el conjunto de bolos, y ya comenzaba a invadirle el cansancio, cuando, entre el público, descubrió la descarnada figura de Rianza, dan-

zando en todas direcciones en busca de alguien. Era Riaza un Inspector de mediana edad, delgado como un fakir, de ojos negros astutos, orejas salientes y movilidad vertiginosa. Desde hacía varios años venía trabajando con Petinal en el mismo Grupo, y, unidos ambos por una amistad indestructible, constituían una pareja que se complementaba maravillosamente al conjugar la astucia del uno con la inteligente reflexión del otro.

Petinal se colocó de puntillas y elevó una mano para reclamar su atención. Un segundo más tarde había llegado a su lado. Causaba la impresión de estar fatigado a causa de algún largo deambular.

—Hay trabajo, Luis —expuso con laconismo espartano—. En una playa levantina ha sido encontrado un par de cadáveres; y el Comisario principal nos encarga a nosotros del asunto. Manifestó que deseaba hablarnos a los dos juntos y he pasado la tarde buscándote.

El rostro de Petinal resplandeció de animación. Por un momento pareció que iba a rodear el cuello de su compañero para abrazarle. Un torbellino de pensamientos anuló su expresión momentáneamente. Luego asió la bola encarnada y la despidió alegremente contra los bolos. Todos fueron derrumbados, dando volteretas y repicando en el extremo de la pista.

—¡Estupendo, amigo! —exclamó agarrando del brazo a su amigo—. Esto es buen augurio... Resolveremos el asunto rápido y bien; no lo dudes.

Y con genio alegre se enfundó la chaqueta para abandonar el local seguido por el otro hombre...

* * *

El Comisario Jefe de la Brigada estaba sentado en su mesa de trabajo. Sobre ella se apreciaba la existencia de tres teléfonos y una ringlera de timbres. Era un hombre de astutos ojos y ademanes pausados, que aquel día vestía con sobria elegancia un traje azul marino cruzado. Era licenciado en Derecho y poseía una vasta cultura. Pese a su elevado rango, hablaba con llaneza a los subordinados, y no malgastaba palabras.

—Durante el día de ayer, 15 de enero —explicó cuando tuvo ante sí a los dos hombres que mandó llamar— fueron hallados, en la playa de Mazarrón los cadáveres de un hombre y una mujer. La autoridad co-

rrespondiente se personó en dicho lugar, apreciando què el cadáver de ella se encontraba en decúbito supino, semidesnudo y sin otras muestras de violencia que una pequeña rozadura en el pómulo izquierdo. El cadáver del hombre se hallaba en posición decúbito prono, completamente vestido y sin vestigios aparentes de violencia alguna...

Detúvose un momento y prendió un cigarrillo sin desclavar la vista de Petinal.

—Eso, y solamente eso, es cuanto conocemos por el momento —indicó—. La Policía local de esa zona lleva el asunto de su mano y toda la prensa comienza a dedicar al caso los más llamativos titulares. Allí tienen una bonita oportunidad para lucirse, actuando en cooperación con las plantillas locales.

—Entendido, Comisario —manifestó Petinal con el encendido entusiasmo que su afición le infundía. Y luego demandó impaciente—: ¿Cuándo partimos?

—Esta misma noche —respondió el Comisario, dedicándole una sonrisa de agrado—. El tren sale para allá dentro de dos horas escasas; de forma que disponen de todo ese tiempo para preparar el viaje. La Sección Administrativa les anticipará el dinero que precisen —y bromeó—; aunque tengo entendido que a usted no le hace demasiada falta... ¡Ah! quiero contacto diario por conferencia telefónica, ¿entienden?

—Descuide, Jefe... Hasta la vista.

—Buen viaje, señores..., y mejor suerte —les deseó, tendiéndoles su mano enérgica. Y volvió a ensimismarse en el estudio de un sinnúmero de papeles yacentes sobre su carpeta.

HACIA MAZARRON

La vía férrea había hendido las montañas, y el tren avanzaba a través de ellas arrastrándose como un extraño y ruidoso ofidio en la oscuridad nocturna. El rumor insistente de las ruedas cruzando los tramos de vía parecía haber adormecido a los dos jóvenes funcionarios policíacos. Ambos eran los únicos ocupantes de un compartimento de primera. Con los ojos entornados y la cabeza reclinada sobre el guateado asiento, semejaban un par de dichosos mortales escapados de sus preocupaciones rutinarias. Sin embargo, cada uno de ellos tenía su imaginación brincando alrededor de algo sumamente trascendente. Alguna bestia humana, instigada por el aroma de cualquier carnada, había hincado sus colmillos en dos semejantes... Sobre la arena de la playa habían sido hallados los cadáveres de un hombre y de una mujer... Ninguno de los funcionarios conocía más detalles, pero, a partir de entonces, tendrían que manejar las palancas de su inteligencia hasta lograr la reconstrucción completa de la bestial y espantable escena del delito... A partir de tan escaso conocimiento del caso habrían de moverse hasta ver claro todo el desarrollo del suceso... Habrían de averiguar cómo ocurrió... Por qué ocurrió... Quiénes fueron las víctimas... Quién fué el autor... A qué hora sucedió... ¡Y todo a partir de tan esquemática información!

Durante varias largas horas, los dos Inspectores permanecieron re-concentradamente silenciosos hasta que la poderosa máquina hizo su trepidante entrada en el andén de la estación de llegada. La noche estaba bastante adelantada cuando llegaron al lugar y, bajo las marquesinas, esperaban escasas personas, indudablemente, a causa del cierzo.

El flaco Riaza asomó su cara angulosa por la ventanilla recién levantada.

—Atracamos, Petinal —comentó estremeciéndose de frío—. Y, por lo visto, el Jefe piensa en todo, pues, si el olfato no me engaña, aquel perso-

naje del abrigo marrón debe ser un compañero que aguarda nuestra llegada.

El personaje al que aludía era un hombre de acusadas orejas, que resaltaban en un rostro empalidecido, probablemente a causa de reiterados trasnochamientos. Al notarse observado avanzó hasta el vagón y tendió su mano abierta a la pareja de recién llegados.

—De la Criminal, ¿no es eso? —apuntó. Y ante la afirmación, agregó—: Encantado de conoceros, amigos. Aquí recibimos anuncio de vuestra llegada y el Jefe de esta plantilla me comisionó para salir a recibirlos.

Exhaló el aliento humeante sobre las heladas puntas de sus dedos y después añadió:

—Me llamo Berrocal, y podéis contar incondicionalmente con mi cooperación.

—Mil gracias, camarada —contestó Petinal rodeando sus espaldas con el brazo. Parecía no acusar el agotamiento inherente al viaje y sin respiro alguno fué al toro por las astas—: ¿Qué ha surgido de nuevo en estas últimas horas? —preguntó asiendo la totalidad del equipaje, que estribaba en un solo maletín común.

—No gran cosa —repuso el otro, colocándose en medio al emprender la marcha—. ¿Conocéis los detalles referentes al descubrimiento de los cuerpos?... ¿No?... Bueno; repetiré para vosotros lo que hay constatado en el informe: «Ambos cadáveres estaban distanciados unos dos metros y separados por una roca de escasa elevación y, a juzgar por las maceraciones de sus extremidades superiores, así como por las de sus rostros, puede conjeturarse que permanecieron semisumergidos en el agua durante el período entero de la pleamar.

Se detuvo frente a la cantina de la estación y ofreció, casi tiritando, una copa a sus compañeros, que ellos rechazaron. Luego reanudó su información:

—Sobre la eminencia rocosa que separaba ambos cuerpos se encontraban tres abrigos.

—¿Tres abrigos?... ¿No eran dos los cadáveres? —preguntó Petinal.

—Sí, pero los abrigos eran tres; además *de las tres prendas se habían arrancado toda clase de etiquetas e iniciales que pudieran contribuir a la identificación...*

Riaza comentó bajo el cuello de su abrigo sin dejar de caminar:

—Eso embrolla bastante la cuestión. Ya sabéis que el hecho de ocul-

tar la personalidad de las víctimas no proporciona inmunidad al asesino..., pero le hace ganar tiempo, mientras logremos determinarla...

—De acuerdo —concedió Petinal sin demasiado calor—; pero a mí no me gustaría hablar todavía de «asesinos»... Según Berrocal, los cuerpos de los dos difuntos no presentaban signos manifiestos de violencia.

—Efectivamente —confirmó el aludido—; las maceraciones de los dos cadáveres no causaban la impresión de lucha... —se rascó la nuca y prosiguió—; pero en la arena de la playa, no muy lejos de allí, fué descubierto un vestido, cuyas medidas concuerdan con los restos de la muerta... y *que estaba desgarrado de abajo a arriba*. ¿No es eso desconcertante?

—Bien —comentó Petinal sin entonación—; no digo nada en pro ni en contra. Sería tonto profetizar ahora...; pero la existencia de esa prenda destrozada, *que no vestía ella*, tampoco habla muy claramente en favor de la posibilidad de una pelea. Pueden ser *muchos* los motivos por los que ese vestido... ¡Ah!, pero disculpa la interrupción, compañero —solicitó prendiendo un cigarrillo—, y sigue explicándonos lo que rastreaste por allí.

—Pues... ¡ah, sí!... Había un maletín de lona color azul, conteniendo varios objetos —y arrugó la nariz como si le disgustase aquello.

—Muy interesante —inquirió el Inspector Petinal—. ¿Y qué contenía ese maletín?

El Inspector local recapacitó con expresión que denotaba su mucha extrañeza, y pronunció:

—Allí dentro había las cosas más heterogéneas. Completamente la maleta de un loco de atar, pues su contenido era: un par de zapatos de señora del número 37 (cuya medida corresponde a la mujer fallecida), un martillo de carpintero, un rollo de 16 metros de cuerda de esparto, un diccionario de la lengua española forrado con un ejemplar del periódico «Nueva Rioja», una botella corriente con restos de un líquido y varios cosméticos de mujer. Fuera de la maleta, pero cerca de la misma, encontramos tres copas con residuos de una sustancia parecida a la sal común...

—Efectivamente, es el contenido más desconcertante que se puede imaginar —comentó Petinal.

—Y tres copas sucias —remachó el escuálido Ríaza, volviéndose a su compañero madrileño—. Allí había una tercera persona, Luis.

—De eso no hay duda —aclaró Berrocal—. Un examen cuidadoso de las impresiones digitales conservadas por las copas acusó claramente la existencia de un tercer personaje... Por otra parte (y esto es, simplemente, una observación personal sin seguridad alguna), durante mi primera visita al lugar de la tragedia me pareció ver un reguero de *huellas extremadamente difusas, que se encaminaban desde las rocas... ¡hacia el mar!*

Riaza sacó el rostro del abrigo para dejar escapar un silbido de extrañeza.

—Escucha bien esto, Petinal —comentó con los ojos muy abiertos—. ¡Le pareció descubrir unas huellas, que se encaminaban desde las rocas hacia el agua!

—Sí —aclaró el otro—; pero os repito que no podría jurarlo. *Me pareció verlas*, pero se me antojaba algo tan ilógico y descabellado que ni siquiera he referenciado oficialmente esa impresión. Debe ser un espejismo mío, pues no tiene sentido que esa tercera persona caminara hacia el mar.

—No sabemos —intervino Riaza—. Pueden haber sucedido muchas cosas. Tal vez el asesino se lanzó al agua y nadó hasta otro punto de la costa... o fué recogido por alguna barca...

—De todos modos es muy curioso..., ¡curiosísimo!... —silabeó pensativo el Inspector Petinal.

Y agregó tras un instante de silencio:

—... como si un genio caprichoso y perverso se hubiera divertido sazonando el hecho con un cúmulo de contradictorias circunstancias para convertirlo en un barullo incomprensible... —agarró del brazo a sus compañeros y continuó pensando en voz alta—. Mucho me temo, amigos míos, que este asunto se aparta demasiado de lo corriente, y que, para resolverlo, más que asirnos a la serie de indicios materiales, habremos de encauzar la investigación calando muy hondo en la idiosincrasia, el temperamento y el carácter de esas dos personas fallecidas...

¡Vaya! —ironizó Riaza—. Ahora va a resultar que el número 1 de la promoción nos va a salir imitando a *Philo Vance*, a *Perry Mason* o a *Hércules Poirot*, desdeñoso olímpico de nuestra labor «rutinaria»... y resolviendo los casos por el simple estudio psicológico de las víctimas o del posible asesino. Pues yo te digo ahora...

—No iba por ahí —le atajó Petinal afectuosamente—. Nuestros mé-

todos habituales de trabajo son algo admirable y perfecto para conducir derechamente a la solución. Nadie tiene en ellos tanta fe como yo; pero en la *manera de encauzarlos* es donde yo discrepo ahora. Para tener una idea del suceso desearía saber *cómo eran esos dos muertos* y para ello habremos de concretar necesariamente *quiénes eran...*

—Sobre eso iba yo a informaros también —expuso Berrocal—. Os dije antes que sobre la roca habían aparecido tres abrigos, ¿no es eso?... Pues bien, en el bolsillo del abrigo perteneciente al hombre encontramos unos trocitos minúsculos de esa materia plástica con que están fabricados los vigentes Documentos Nacionales de Identidad... y...

—¡Muy bueno!... Eso nos lleva como balas a su identificación... si es que esos pedazos son suficientes para construir su número ordinal —exclamó Petinal.

—En efecto, entre esos trozos hallados en el abrigo y otros cuantos igualmente pequeñísimos, que hemos descubierto *enterrados en la arena a varios metros del muerto*, seguramente lograremos determinar su personalidad...

—... suponiendo que el cadáver sea el titular del carnet a que pertenezcan esos trozos. ¿No es eso lo que ibas a decir? —concluyó Ríaza.

—Eso mismo; pero de todas formas sería una interesante pista, ¿no?... Pues bien, seguramente ahora, un paciente y meticuloso funcionario de nuestra Comisaría está concluyendo esa labor de chinos, que es su reconstrucción.

—Pues vólemos allá, compañero. Estamos ya rabiando por hincar el diente al asunto —explotó Petinal.

—Entonces lo podéis hacer ahora mismo —repuso Berrocal señalando un portalón profusamente iluminado—, porque estamos frente a ella. Hablando hemos llegado hasta la propia puerta sin darnos cuenta...

Y, avanzando algunos metros por delante de ellos, les condujo a través de una serie de pasillos hasta llegar ante la puerta biselada perteneciente a la Inspección de Guardia.

III

INFORMA EL FORENSE

Los dos Inspectores de la Brigada de Investigación Criminal se aproximaron a una mesa de escritorio, donde un funcionario de gruesos lentes y nariz afilada terminaba la tarea de ensamblar una serie de menudos fragmentos de documento bajo una bombilla que amenazaba tostar su frente de grandes entradas. La tarea de su destrucción había sido meticulosa y concienzuda, según lo indicaba el hecho de que aquel hombre había de manejar unas diminutas pinzas para tomar los desgarrados trocitos de una bandeja e irlos pegando ordenadamente sobre un trozo de papel de barba.

—Bueno, Jefe —comentó el paciente reconstructor suspirando satisfecho—. Ya he dado fin al trabajo. ¡Y casi me vuelvo loco!... Porque este rompecabezas no eran los restos de un carnet, ¡sino los de tres! Los nombres no están completos, porque faltan bastantes pedazos, pero los números de cada uno...

—¿Se conocen? —demandó impaciente Petinal, colocando las palmas de sus manos en el filo de la mesa.

—Sí —manifestó descabalgando las gafas de su nariz—. Esos trozos correspondían a los Documentos Nacionales de Identidad números doscientos cincuenta y ocho mil trescientos cuarenta y cuatro..., cuarenta y cinco... y cuarenta y seis...

¡Tres carnets consecutivos! —razonó Riaza—. Eso indica, muy posiblemente, que sus tres poseedores son familiares.

—¡Estupendo, muchacho! Con eso hay suficiente para empezar a movernos —exclamó Petinal. Y abalanzándose hacia el teléfono solicitó conferencia con el servicio del Documento de Identidad en Madrid.

Aguardó varios minutos a que la comunicación se efectuase, y cuando el timbre sonó y la voz de la telefonista hubo anunciado a través del hilo que estaba conectado con el organismo solicitado, Petinal se expresó con nerviosa impaciencia:

—Aquí el Inspector Petinal actuando para el esclarecimiento de «caso de la playa». Necesitamos urgentemente conocer los datos referentes a los carnets números doscientos cincuenta y ocho mil trescientos cuarenta y cuatro, cinco y seis ... Perfectamente; espero vuestra llamada. Muchas gracias —colgó el microteléfono y volvióse hacia sus compañeros frotándose las manos—. ¡Esto marcha! —agregó después.

—¡Y tanto qué marcha! —remachó Riaza—. Cuando tengamos los nombres habremos conseguido conocer el del culpable. El caso parece claro. Primero les asesinó y luego destruyó los documentos identificativos para...

—¿También destruyó el suyo? —ironizó Petinal, palmeándole la espalda—. Porque no debes olvidar que los cadáveres son *solamente dos*, mientras los carnets desmenuzados *son tres*... ¡Oh querido!, ¿para qué iba el asesino a destruir su propia documentación? —y bromeó luego—. Los viajes por ferrocarril oscurecen palpablemente tus facultades. No tendría objeto razonable eso...

—Tienes razón —accedió Riaza—. El asesino...

—¡Oh! —volvió a bromear Petinal—. ¡El asesino!... ¡Qué horrible manera de calificar a una pobre persona de la que únicamente sabemos que *ha desaparecido*!

—Oye, Petinal —intervino el Inspector de la localidad—. ¿Quieres explicarnos qué diablos cueces dentro de tu cabeza para manejar algún concepto sarcástico cada vez que hablamos de *un asesino*?

—Ninguna idea concreta, camarada —repuso arrimando su precioso mechero al cigarro que el otro iba a prender—; pero cuando Riaza y yo cooperamos en un asunto, establecemos como norma el mantener, desde el principio, dos puntos de vista antagónicos; y el mío; en este caso, aunque aparentemente en contra del buen sentido, es inclinarme hacia la no existencia de *un asesino*, al menos en el verdadero sentido de la palabra.

Coincidiendo con aquellas palabras, un hombre de agradable aspecto, impecablemente ataviado y con aspecto de persona que tiene fe en sus propias decisiones, apareció en la pieza, donde se hallaban los funcionarios.

—Buenas noches, doctor —saludó Berrocal, avanzando hacia él con aire deferente.

Luego señaló a los recién llegados.

—Tengo mucho gusto en presentarle a mis compañeros de Madrid señores Petinal y Riaza...—y agregó para los otros—: El doctor forense de la localidad.

Se intercambió un breve saludo y el galeno abandonó su sombrero en un sillón de cuero.

—He preferido venir yo mismo a entregar el resultado de las autopsias —explicó después con gesto amable. Y su voz disminuyó un tanto para añadir—: A mi entender la muerte sorprendió a las dos personas aproximadamente a la misma hora: unas setenta horas antes de echarles yo un vistazo, a juzgar por el grado de *rigor mortis*... Y en cuanto a la causa determinante es mi opinión que proviene de la ingestión de algún tóxico, que no he logrado aún analizar con exactitud, aunque me inclino a suponer que puede tratarse de «sal de acederas»... No obstante, he procedido a la remisión de ciertas partes de las vísceras al Instituto de Toxicología de Madrid para obtener un diagnóstico definitivo sobre la sustancia que acarreó las muertes...

—*Tóxico*, sal... —pronunció Riaza, mirando a su colega—. ¿Qué me dices ahora sobre la no existencia de un asesino?

—¡Oh, amigo! —exclamó Petinal—. Tú eres más sagaz que yo, y eso es dicho sin broma. Sabes que podríamos aventurar ahora mismo cuarenta mil hipótesis a favor o en contra de cualquier opinión, pero opto porque no formulemos ninguna hasta conocer todos los datos del caso. ¿De acuerdo?

—Conforme —asintió—. El compañero Berrocal nos seguirá explicando todo lo que no ha tenido tiempo de hacer hasta el momento. Después expondremos nuestras respectivas teorías.

* * *

—No hemos logrado averiguar mucho más por ahora —expuso entonces modestamente Berrocal—; pero os detallaré lo que falta con todo pormenor.

Llegóse a un cajón de su mesa y extrajo una reproducción fotográfica de los cadáveres sobre la arena de la playa. Los dos funcionarios madrileños contemplaron con reconcentrada expresión aquella pareja de cuerpos inertes en la exacta postura en que fueron descubiertos. La fotografía mostraba los detalles de manera tan precisa que podíase apreciar

hasta la escarcha cubriendo los restos de sus ropas. Ambos cadáveres parecían pertenecer a personas que contaban alrededor de sesenta años el momento de su muerte y, efectivamente, ninguna señal de lucha o violencia estigmatizaba sus restos. Muy próximo, la máquina había tirado también el pequeño maletín de viaje de tan desconcertante contenido así como otras varias prendas.

—Este es el lugar de la escena —explicó Berrocal—, y así fueron hallados los restos mortales. Nadie los tocó hasta que el fotógrafo hubo entrado en funciones. Y con ayuda de estas fotografías hemos logrado determinar que el día 12 (tres días antes del macabro hallazgo) fueron vistos en este pueblo por varias personas.

IV

FINCAS DESHABITADAS

—¿Iban solamente los dos que han aparecido muertos o eran acompañados por alguien cuando anduvieron por el pueblo? —inquirió pensativo.

—Iban en compañía de una tercera persona; otra mujer de edad aproximadamente a la suya. El mismo día de su llegada aquí estuvieron conversando con una señora que tiene a su cargo algunas casas de las que se alquilan a forasteros durante la estación veraniega. La estuvieron preguntando si tenía alguna vivienda disponible y, ante su afirmación, manifestaron que volverían por la tarde para ultimar los detalles de un alquiler...

—¿Y esa administradora de «chalets» no recuerda *algo* que pudiera ayudarnos a establecer la personalidad de la acompañante? —demandó Petinal, excitado por el olfateo de aquella incipiente pista.

—También en eso hubo suerte —repuso Berrocal satisfecho—, porque durante la visita la informaron de que los tres eran hermanos, que todos ellos eran solteros y que iban siempre juntos a todos los sitios. La señora que trató con ellos tiene la impresión de que eran gente nortea a juzgar por su acento... Ella tiene cierta costumbre de tratar con veraneantes de todas las regiones y le pareció que aquel trío era aragonés o de tierras colindantes.

—Me inclino a pensar lo mismo —opinó Riaza tabaleando sobre la mesa—. El diccionario que se encontró en el maletín azul, forrado con ese ejemplar de «Nueva Rioja»; habla en favor de la provincia de Logroño... Bueno —agregó—. ¿Qué más?

—Poca cosa —siguió exponiendo Berrocal con sencillez—. Momentos después de hablar aquí con la señora indicada se trasladaron a Cartagena. Allí la fotografía de los difuntos ha sido reconocida por los dependientes del restaurante «La Pañoleta», donde estuvieron almor-

zando, y algo más tarde, por la dependencia del «Bar Náutico» de la misma ciudad, sabiéndose por ellos que permanecieron siempre juntos, excepción de un corto espacio de tiempo en que las dos mujeres se ausentaron, dejando al hombre ante un velador del establecimiento mencionado...

—¿Apreciaron algo inusitado en su talante los empleados de esos establecimientos? —preguntó entonces Petinal, saliendo de su aparente abstracción.

—Nada; pero todos concuerdan en que eran, los tres, personas de muy escasas palabras aun entre ellos mismos. Permanecían largo rato sin abrir la boca, y cuando hablaban lo hacían sin exagerado misterio pero en voz lo suficientemente baja para que nadie pudiera enterarse. Tengo para mí que era un trío misantrópico, encastillado y reacio a exteriorizarse... De esas agrupaciones estrechamente unidas, cuyo mundo se reduce a ellas mismas, ¿entiendes?... Esa es, por lo menos, la impresión que he obtenido de los diversos interrogatorios.

—Muy bien definido —apoyó Petinal—; y ello es siempre un entorpecimiento para nuestra labor. Los *clanes* cerrados, de hermetismo indestructible, convierten cualquier caso en un obsesionante círculo vicioso de reticencia y mudez para los de fuera.

—No hay duda —remachó Berrocal—. A la mano tenemos el caso del asesinato de los Drumond en ese oscuro ambiente familiar de los Dominici. Y otros muchos... ¡Pero nosotros dos desentrañaremos éste! —añadió con genio airado—. Va a ser algo diabólicamente «silencioso», dado el carácter de sus personajes, pero nosotros sabremos ponerlo en claro.

—Puedo asegurarlo de antemano —afirmó Riaza—. Alguien dijo que el olfato de la Policía era tan sensible que cuando alguien del barrio tenía décimas de fiebre, en la Inspección de Guardia se oía a carne quemada —rió de buen humor y siguió hablando para felicitar a Berrocal—. ¡Os habéis movido de firme y con talento por aquí, amigo! Apenas transcurridas unas horas desde las muertes conocemos con toda exactitud los movimientos de esas personas, su carácter aparente, la hora de su fallecimiento, el lazo familiar que unía a los cadáveres con la desaparecida, el tipo de veneno que produjo las defunciones y dentro de muy poco (cuando respondan de Madrid) la filiación completa de todos ellos, gracias a vuestro hallazgo y reconstrucción de sus despedazados Docu-

mentos de Identidad... ¡Y cuando te pedimos datos manifiestas humildemente que conoces muy pocas cosas!...

El esponjamiento de Berrocal dejó demostrar lo bien que le sentaba aquella opinión de los criminalistas de Madrid.

—No tiene mérito —dijo, sin embargo, siguiendo su actitud de permanente modestia—. Simplemente nos hemos limitado a trabajar con ahinco... ¡Ah! —expuso luego—. Aun hemos hecho otro pequeño avance: conocemos al taxista que les condujo desde Cartagena a la playa.

—¿También?

—También. Le contrataron allí a las nueve de la noche y llegaron a la playa de Mazarrón hora y media más tarde. Seguían los tres hermanos juntos y llevaban por todo equipaje el maletín azul que se encontró en la arena con tan extraño contenido. Encaminaron al conductor hasta las afueras del pueblo, y cuando éste les preguntó hacia dónde se dirigían le ordenaron detenerse y se apearon del vehículo luego de satisfacer el importe de la carrera. El taxista recuerda haberles visto encaminarse hacia los diseminados «chalets» playeros. Allí perdió contacto con ellos... ¡Y entonces comienza el verdadero misterio! —emitió sombrío

—¿No le extrañó al conductor la conducta de aquel trío apeándose por la noche frente a una serie de fincas deshabitadas en aquella época? —sugirió el Inspector Riaza, cruzándose las piernas.

—No. Es corriente ese hecho. Algunos dueños o inquilinos de esas pequeñas fincas acuden a ellas en cualquier época para pasar el fin de semana...

Cruzóse de brazos y quedó inmóvil frente a los otros dos.

—Y eso es todo —finalizó—; no se volvió a ver a ninguna de esas tres personas hasta que fueron encontrados los cadáveres de dos de ellas. A partir de ahora sabemos todos igual, amigos, y habremos de roer a medias este duro hueso.

Berrocal restó pensativo unos segundos, mientras contemplaba la rojiza punta de su cigarro.

—Y ahora dejadme fantasear un poco —demandó a sus compañeros al final—. Tres personas no se trasladan desde Rioja a las playas murcianas sólo con un pequeño maletín azul, en el que no encontramos más que un contenido completamente descabellado a base de copas, cuerdas, martillo y diccionario...; pero ni un solo objeto de los que, lógicamente, utilizan personas que marchan de viaje... Y yo propongo ahora

a vuestra imaginación el siguiente planteo del asunto: ¿No sería plausible que todo ello estuviera relacionado con el contrabando?... Imagina que en ese maletín hubieran transportado hasta aquí algo prohibido y sumo valor: opio..., morfina..., cocaína... Imaginad también que a esa playa hubiera de acudir, por la noche, una barcaza que recogiera el maletín para transportarlo a cualquier buque... ¿Sería muy improbable, entonces, que hubiera surgido una de las disputas tan corrientes en gente de esa calaña, y que de ella hubieran resultado esas muertes?... Los de la barcaza podrían haber recogido la mercancía del maletín sustituyéndola por esa serie de objetos absurdos y...

—El diagnóstico del forense —determinó Petinal— ha sido claro y terminante: «*Envenenamiento por ingestión de oxalato potásico, más conocido por "sal de acederas"*...», y ese tipo de muerte, amigo Berrocal, es el que encaja como consecuencia de una disputa... La autopsia nos ha apreciado en sus cuerpos contusiones de tipo claramente agresivo y sus heridas parecen explicarse muy bien por el contacto de sus cuerpos semi sumergidos contra las rocas de la playa durante la pleamar... ¡Y, además, tenemos las tres copas con residuos del tóxico que produjo la muerte!... No; no es lógico pensar en una disputa entre contrabandistas.

—De acuerdo —accedió Berrocal—. Era una fantasía como otra cualquiera por si de ella obteníamos algo aprovechable. Y con esa misma idea voy entonces a intentar la edificación de una nueva teoría...

Quedó silencioso durante otro corto espacio de tiempo, y luego expuso:

—Supongamos, por un momento, que la hermana desaparecida decidió asesinar a los otros dos... Podía tener cierto ascendiente psicológico sobre ellos y logró engañarlos sobre los efectos de aquella sustancia... Quizá les hizo creer que se trataba de un compuesto medicinal conveniente en este clima... o, tal vez, de un reconstituyente... Llenó las tres copas y fingió que bebía de la suya, mientras sus hermanos lo hacían de verdad sin saber que aquello les mataría... Luego, la culpable abandonó el lugar de la escena y desde entonces se halla oculta en cualquier punto... Decidió cambiar posteriormente de nombre para encubrir sus personalidades y por eso destruyó también su carnet de identidad cuando desmembró los de sus víctimas...

—¿Y dejó allí su abrigo, su «rebeca», una copa con sus impresiones digitales y un acusador diccionario forrado con un periódico que hablaba

del oxalato potásico?... ¿Y se exhibió con ellos los días anteriores por Cartagena y Mazarrón?... ¿Y metió ella misma pedacitos de los carnets en el abrigo de su hermano?... ¡Nones! Ella no hizo eso ...finalizó Rianza...; tampoco me convence esa reconstrucción del caso.

—Ni a mí —declaró el que la había expuesto—. Era solamente otra teoría momentánea... Pero puestos a elucubrar, ¿queréis ahora intentar adivinar para qué vinieron a Mazarrón precisamente?

—¿*Precisamente?* —repitió Petinal—. Mira: consideremos a una persona o un grupo de personas que se alejan sin rumbo de un lugar cualquiera... ¿Qué sucede? *Pues sencillamente que todo punto de llegada es absurdo*, pues al avanzar sin dirección determinada han llegado aquí como podían haber recalado en otro lugar cualquiera, ya que su objeto no era *llegar*, sino *alejarse*.

—Esa explicación —admitió Berrocal— también es lógica y plausible. Y volvió a ensimismarse en nuevas consideraciones.

ENIGMA FAMILIAR

Petinal consultó entonces su reloj de pulsera y luego dirigióse al Inspector de la localidad conteniendo un bostezo.

—Un viaje de varias horas —dijo— no es el mejor estimulante para el cerebro de un pobre sabueso como yo... ¿Dónde hay una buena fonda con colchones que lleguen hasta el techo?... Son las cuatro de la madrugada y hasta las siete que me propongo tocar diana pienso alejarme de todos los casos criminales del mundo.

Pero estaba escrito que ninguno de los dos policías habría de dormir durante aquellas tres horas escasas. Cuando un problema prende sus raíces en el cerebro del investigador es francamente difícil arrancarle de allí aunque se encuentre físicamente extenuado. Estaban principiando a desnudarse, cuando Riaza comenzó a dar vueltas al asunto.

—¿Qué te parece —preguntó al otro— si antes de apagar la luz procedemos a un pequeño análisis de los hechos para adelantar alguna hipótesis?

—Me parece excelente, mientras lo hagamos tumbados —accedió el otro desde la cama—, porque aun siento el traqueteo del tren sacudiendo mis huesos... —bostezó apagadamente y propuso—: Si me permites voy a ordenar cronológicamente cuanto sabemos, y luego tú sacarás alguna consecuencia, ¿de acuerdo?

—Empieza cuando quieras.

—Bien; pues tenemos tres hermanos casi ancianos, aparentemente riojanos, que aparecen por vez primera en Mazarrón el día 12 de enero, a bordo de un taxímetro. Aquí entran en relaciones con cierta señora bajo pretexto, asimismo aparente, de arrendar un «chalet» playero y manifiestan a la misma su propósito de volver a entrevistarse con ella para ultimar los detalles de la operación. Acto seguido se transplantan a Cartagena, donde almuerzan y permanecen en un bar de dicha pobla-

ción. Las dos hermanas se ausentan solas, durante algún tiempo, de dicho local. Regresan después, recogen al hombre, alquilan otro coche y se trasladan nuevamente a Mazarrón. Se apean en la zona casi despoblada... y tres días después aparecen los cadáveres de esos dos pobres seres. Del tercer miembro del triunvirato no se vuelve a tener conocimiento... Son personas reservadas y hurañas, y tanto el maletín como las ropas que hemos visto en la fotografía son de buena calidad y les acredita como personas relativamente acomodadas...

—Esos son los términos del problema —razonó Riaza cuando el otro hubo finalizado su exposición—. Y ahora voy a intentar barajarlos para edificar una hipótesis.

Cambió de postura y exclamó:

—Teniendo en cuenta la palpable anomalía de que tres personas aparezcan en un punto tan lejano de su residencia equipadas únicamente con un pequeño maletín; el misterio que rodea sus viajes de Mazarrón a Cartagena y regreso; el contenido ilógico y enloquecedor del maletín: un par de zapatos de señora, un rollo de cuerda de esparto, un martillo, tres copas conteniendo restos sospechosos y un diccionario; la semidesnudez de los cadáveres; la destrucción de las etiquetas de sus ropas y la de sus documentos identificativos, así como la desaparición de la tercera persona que constituía el grupo familiar..., yo interpreto que son extremos indicadores de la existencia de un hecho criminoso en complicidad con la hermana desaparecida...

—Ahora voy a refutarte según es nuestra costumbre cuando trabajamos juntos —expuso Petinal, sentándose en la cama—. Y ante todo vamos a considerar como firme y acertado el informe del forense local. Este facultativo diagnostica que las muertes sobrevinieron teniendo por causa determinante la ingestión de «sal de acederas»... ¿Y quieres ahora explicarme las características de ese producto, si es que recuerdas nuestros apuntes de la asignatura de Toxicología?

—Sí —recitó el otro casi de carrerilla—: «La «sal de acederas» u oxalato potásico se obtiene de la acedera, planta poligónacea y antiescorbútica y es raramente utilizada como veneno por los criminales. Se trata de un tóxico típicamente suicida, ya que su sabor, fuertemente ácido y desagradable, impide que pueda ser ingerida inconscientemente»... —terminó de recitar, y agregó—: Pero hay que tener en cuenta que por error...

—¿Por error dos personas al mismo tiempo? —fué interrumpido por Petinal.

—Sí; es difícil; lo reconozco; pero ¿y suicidarse dos, o quizás tres seres al compás?... ¿Admites que tres individuos puedan, fríamente, ponerse de acuerdo para su traslado colectivo a la Cuarta Dimensión?... ¿Admites que el trío se desplace casi de un extremo al otro de la Península con aspecto beatíficamente tranquilo, hasta llegar a esta playa y llevar entonces a efecto, en ella, su funesta determinación de suicidarse?... ¿Consideras lógico que antes de envenenarse procedan con toda meticulosidad a convertir en pedacitos sus documentos, a arrancar las etiquetas de sus ropas, a desgarrar parte de sus vestidos, a enterrar en la arena los restos de la documentación para luego sentarse en la arena a ingerir el tóxico?... ¿Es, por ventura, comprensible que se dedicaran *ellos mismos a eso*?... Y, en último caso, ¿dónde se encuentra la hermana desaparecida o por qué se la ha tragado la tierra?... ¿Cuál es el motivo plausible de que todo ello ocurriera?

—Sigo opinando lo que manifesté al principio, amigo Ríaza. Creo que debemos calar muy hondo en los caracteres de esos pobres seres antes de emborracharnos demasiado con los indicios materiales. Hay determinados detalles aparentemente incoloros, que pueden luego revelarse en su verdadera dimensión cuando conozcamos la verdadera idiosincrasia, las relaciones sociales, el auténtico temperamento y la verdadera situación moral de ese trío... Tenemos, por ejemplo, la vaga impresión de nuestro compañero Berrocal sobre el *reguero de pasos que se encaminaban hacia el mar*; tenemos también ese diccionario forrado con un ejemplar del 30 de julio de 1953, del diario logroñés «Nueva Rioja»... Berrocal nos dijo, a propósito de eso, que dicho ejemplar publicaba la noticia de la intoxicación de una persona que había ingerido erróneamente cierta dosis de sal de acederas... ¿Te imaginas lo que puede significar ese detalle?... Desde hace año y medio alguna de esas tres personas conservaba la página del periódico acariciando cierta malsana idea que rondaba en su mente siniestra... ¡Y envenenados con sal de acederas tenemos dos cadáveres!... ¡Pero eran *tres* las copas que contenían restos sospechosos!...

—Quizá la desaparecida preparó las tres dosis engañando a sus hermanos sobre el contenido y derramó traidoramente su porción, mientras los otros ingerían la suya.

—¿A qué vendría entonces la destrucción de su propia documenta-

ción? ¿Por qué no eliminó del escenario el acusador periódico forrando el diccionario?... ¿Por qué dejó su abrigo y parte de sus prendas en la playa?... ¿Por qué se exhibió en Cartagena y Mazarrón reiteradamente con sus dos hermanos?... No, Rianza; no podemos colorear debidamente el asunto ni ensamblar este revuelto bagaje de indicios, mientras no conozcamos perfectamente sus individualidades. Cuando mañana sepamos, por medio de nuestras oficinas del Documento sus nombres y el punto de su residencia póstuma, habremos de practicar un detenido estudio de sus personalidades... Al menos ésa es mi opinión...

Y apagando la luz ambos cerraron los ojos, aunque no lograron conciliar el sueño ni un segundo durante el tiempo que *les restaba hasta las siete del nuevo día.*

VI

SUS NOMBRES

—Tenemos nombre y dirección —anunció gozosamente Berroc cuando los dos criminalistas penetraron en su despacho la mañana siguiente. Y proclamó de carrerilla...: Eran naturales y vecinos de Haro (Logroño); sus nombres respectivos eran: Julio, María Luisa y Marina y sus edades, sesenta y cuatro, cincuenta y siete y sesenta y un año por este orden. Las oficinas del Documento nos comunicaron esos datos un poco después de retiraros vosotros. Los cadáveres corresponden a Julio y María Luisa; la desaparecida es Marina... Hemos desplegado bastante actividad esta noche... Conferenciamos con las autoridades de Haro. Los componentes del trío eran personas bastante conocidas allí y sus vecinos recuerdan que abandonaron aquella plaza el día 9 con destino a Madrid. Nuestros compañeros de Cartagena confirman que aparecieron en dicha población el día 11 portando el famoso maletín como único bagaje. Ese mismo día utilizaron el coche de línea para trasladarse a la playa de cabo de Palos y regresaron a Cartagena horas después. Desde allí vinieron derechos a Mazarrón...

—Eran inquietos como pulgas saltarinas, ¿verdad? —comentó Riaza—. Bueno, Petinal; uno de nosotros dos habrá de olfatear un poco en Haro, ¿no?

—Ni dudarlo, camarada —accedió de buen talante—, y si no te importa, seré yo quien lo haga.

—Entonces a la obra; aquí también hay todavía muchas cosas por determinar sobre las que estuve pensando anoche en lugar de dormir. Por ejemplo, ¿qué fueron a hacer las dos hermanas cuando abandonaron, en el «Bar Náutico» de Cartagena, al miembro masculino del trío?... Y como es algo que me intriga poderosamente, ahora mismo vuelo hacia

allá para indagarlo, mientras tú te disparas hacia la bella Rioja... ¡*Àu revoir*, amigo..., y suerte!

* * *

El Inspector Petinal no había perdido un segundo. Recién apeado del tren habíase dirigido a las señas de Haro donde el terceto de hermanos tuvo su domicilio hasta pocos días antes del macabro suceso. Y en aquellos momentos estaba procediendo a solicitar referencias sobre ellos a una vecina de la casa.

—¿Relaciones sociales? —respondió ella—. Virtualmente ninguna, señor Inspector; los tres eran callados como tumbas y apenas saludaban a nadie. En general estaban reputados como personas poco sinceras, ¿entiende? Las raras ocasiones en que hablaban era para alardear de su privilegiada situación económica y varias veces les he oído repetir a ellos mismos que constituían una de las familias preponderantes de esta población.

—¡Ejem! Antipáticos en grado sumo, ¿verdad?

—Sí, señor; y estirados como ellos solos. Hubo ocasión en que llegaron a blasonar de que descendían directamente de una rama nobiliaria bastante principal de esta provincia; pero yo nunca lo he creído.

—Ya; ni yo tampoco lo creo —animó el Inspector—. Y de aspecto, ¿cómo eran?

La matrona recogió sus mangas por encima del codo y adoptó una expresión de disgusto.

—Las dos hermanas bastante extrañas, señor —explicó—. Vestían con extravagancia y exageraban sus pinturas y maquillajes tratando de presentar un aspecto aniñado, que, teniendo en cuenta su muchísima edad, resultaba ridículo en absoluto. El hermano vestía... quizá demasiado elegante. Se movía con ademanes afectados y que, Dios me perdone, pero se asemejaba bastante a un duque de opereta.

—Bien, muy bien. Concuerda con la idea que me iba formando de ellos... Usted no parece apreciarles demasiado; ¿me equivoco?

La mujer, sincera y sin doblez, contempló atentamente al Inspector.

—Lamento que les haya ocurrido algo malo, caballero —declaró—; pero lo cierto es que no eran personas para hacerse querer; ya se lo he dicho. Iban a misa los domingos y acudían a los novenarios de difuntos,

pero se comenta que Marina era excesivamente aficionada a la bebida.

—¿Aficionada a la bebida?

—Sí, señor; y algunas veces se ha llegado a decir que no caminaba todo lo derecha que debiera caminar una persona serena, ¿entiende?... Los otros dos parecían sencillamente unos chiflados con manías de grandeza. Debían tener dinero, porque vivían bien y siempre andaban creando negocios; pero, así y todo, carecían de amigos.

—¿Y parientes? —inquirió el Inspector, poniéndose en pie en actitud de finalizar la entrevista.

Sí —recordó la mujer—; creo que aquí mismo, en Haro, tenían una hermana llamada Consuelo, pero estaban reñidos con ella desde hace bastantes años. Yo no les he visto juntos desde que tengo uso de razón.

—Bien, muchas gracias por su cooperación, amable señora —despidióse de ella con una sonrisa—. ¿Quiere usted indicarme el domicilio de esa hermana?

—No faltaba más, señor; ésta es una población relativamente pequeña y nos conocemos todos. Ella vive en la cuarta bocacalle de la izquierda, pasada la plaza. Pregunte allí mismo y le indicarán sin dificultad.

—Repito mi agradecimiento.

—A mandar, señor.

* * *

La hermana de las víctimas era una mujer de avanzada edad, parca en palabras y con ligero rictus de amargura en su ajado rostro. Residía en una casa bien amueblada, aunque sin demasiado lujo.

—¿Mis hermanos? —respondía al Inspector, poco después, enarcando las cejas—. Muy poco puedo explicarle sobre su vida en estos últimos tiempos. Habían constituido una familia sólo entre ellos tres. Se fueron aislando paulatinamente y nada querían con los demás... Entre ellos no existía discordia alguna; de eso estoy segura. Poseían un solo carácter y una sola voluntad. Cualquier sugerencia de alguno de ellos era aceptada sin discusión por los otros dos... No obstante, opino que el verdadero eje moral del trío era mi difunta hermana María Luisa, aunque la administración de la casa siempre ha corrido a cargo de Marina, la desaparecida.

—¿De qué vivían actualmente, lo sabe usted?

—Verdaderamente ignoro el volumen aproximado de sus medios en estos tiempos. Fuimos copropietarios del «Hotel Regina», que estuvo emplazado aquí, en Haro. Lo habíamos heredado de nuestros padres y, durante algún tiempo fué bastante floreciente. Mas progresivamente fué viniendo a menos y tuvimos que traspasarlo hace unos años por ciento veinte mil pesetas aproximadamente.

—¿A qué atribuye el fracaso de aquel negocio? —preguntó el Inspector, estudiando con atención las arrugas de su rostro voluntarioso.

—Posiblemente a nuestro carácter familiar, en cierto modo, poco acogedor..., o sencillamente a falta de aptitudes. El caso es que, cuando lo hubimos liquidado, tuve cierto desacuerdo con ellos y me retiré del grupo con mi participación monetaria.

Petinal restó algún tiempo contemplando abstraídamente la punta de su cigarro.

—¿Qué hicieron luego ellos? —siguió averiguando.

—Se trasladaron a Bilbao, y allí establecieron una industria de vinos.

—¿Les fué bien aquel nuevo tipo de negocio?

—Eso ya lo ignoro. Una vez desligada del trío, nuestro contacto familiar pasó a ser algo prácticamente inexistente. Por aquí anduvieron diciendo que aquello marchaba viento en popa, pero la verdad es que también fué liquidado el negocio de vinos para adquirir dos camiones que dedicaron al transporte por algún tiempo.

—No echaban raíces en ningún asunto, ¿verdad? —comentó con aire ausente.

—Pues, no. Y eso lo atribuyo a su carácter un poco... visionario. Los pobres soñaban siempre con grandezas y andaban acechando la oportunidad para forrarse de oro... Parece ser que llegaron un poco lejos en su ambición por aquel tiempo, pues tuve referencias de que la Fiscalía de Tasas decomisó uno de los camiones al ser aprehendido transportando artículos intervenidos... —dejó que se produjera una pausa y prosiguió—: Algún tiempo más tarde se desplazaron a Madrid e inauguraron una mantequería, que denominaron «Nanclares»... Y en mil novecientos cincuenta y uno, según contaron ellos, por el deficiente estado de salud de mi hermano Julio, traspasaron aquel último negocio y enraizaron de nuevo en esta población.

—¿Y han residido aquí ininterrumpidamente?

—Sí, señor, hasta el día nueve que marcharon a Madrid.

—¿No establecieron aquí algún otro negocio?

—No; pero hace algún tiempo solicitaron autorización de la Delegación de Industria para instalar una fábrica de pastas alimenticias. Eso no fueron ellos los que me lo contaron, pero aquí todo se sabe. Esta solicitud armó bastante revuelo, pues suscitó una abierta oposición por parte de los otros fabricantes del ramo instalados en la localidad. Y, finalmente, les fué denegada.

—¿Y de qué vivieron?

—Ya le expuse que desconozco sus medios económicos en la actualidad.

—Perfectamente... ¿Y sabe usted si ha de corresponderle a usted, como heredera, alguna parte de la fortuna que pudieran poseer?

—No me he preocupado de ello —pronunció casi despectiva—. Pero puedo indicarle que el mobiliario y los enseres de la casa que ellos habitaron aquí lo cedieron en vida a nuestros primos Jorge y Andrés. El mismo día nueve vinieron para hacerse cargo del regalo.

—¿Le sentó a usted mal esa preferencia hacia otra rama de la familia?

—Ni bien ni mal. No he contado jamás con nada de ellos.

—¿Estaba usted distanciada con todos los hermanos por igual o mantenía relaciones separadamente con alguno de los tres?

—Consideraba a los tres exactamente lo mismo.

—¿Bien o mal?

—Eran mis hermanos —dijo. Y elevó su barbilla, demasiado enérgica para una mujer.

—¿Tenían enemigos?

—Lo ignoró. No les trataba.

—¿Ha permanecido usted en esta población durante esta última semana? —inquirió el Inspector variando el tópico.

—No he abandonado el pueblo para nada —repuso la mujer con sequedad.

—¿Absolutamente nunca?

—Nunca desde hace cuatro años. Puede estar seguro.

—Muy bien, señora. ¿Y dónde habita esa pareja de primos beneficiados por sus hermanos.

—¿Jorge y Andrés? En Añana, muy cerca de aquí. Todo el pueblo les conoce. Son buenas personas de los pies a la cabeza.

—Muy amable, señora. ¿Sabe usted de alguien más que mantuviera relaciones de amistad con sus hermanos.

—De verdadera amistad, nadie. Vivían enclaustrados en su pequeño y exclusivo mundo, pero Ascensión trataba a mis dos hermanas desde la juventud. Fueron juntas a un colegio de primera enseñanza y ha sido una de las contadas personas con estómago suficiente para rozarse con algún miembro de nuestra desagradable familia

—Ascensión, ¿eh? Muchas gracias —finalizó Petinal. Y abandonó a la señora con una inclinación de cabeza.

VII

LOS PARIENTES DE AÑANA

Añana era un pequeño pueblo salpicado de viñedos y fértiles huertos que prometían rendir óptimos frutos. Las casas mostrábanse limpias y ofrecían acogedor aspecto. Las gentes eran llanas y amables dentro de su rusticidad. El Inspector Petinal no tardó en hallarse junto a Jorge Andrés en el comedor castellano de su hogar.

—Los primos —explicaba el mayor de ellos— nos escribieron diciéndonos que fuéramos a verles. Y luego nos comunicaron que marchaba de España, por lo que nos hacían donación absoluta de cuanto encerraba el piso...

Jorge, que era quien estaba hablando, dirigióse hasta una cómoda y extrajo del cajón central un papel doblado, que desplegó cuidadosamente para leer en voz alta y enfática como si le preocupase mucho ser creído:

«Los firmantes decidimos regalar a nuestros primos Jorge y Andrés, de Añana, mobiliario, camas, colchones, ropas y varios objetos de nuestra exclusiva propiedad y libre disposición para que, en nuestro nombre, lo repartan equitativamente entre ellos. Y para su resguardo firmamos el presente documento en Haro a nueve de enero de mil novecientos cincuenta y seis...»

—Está firmado por los tres primos, señor —añadió el lector mostrando al policía las tres rúbricas—. Nos lo entregaron el mismo día de su partida. Habían dicho que cargáramos en un camión lo que quisiéramos... Y aquí lo tenemos. Si desea echar un vistazo...

—Sería oportuno —indicó el funcionario sin darle demasiado importancia.

Los dos primos comportábanse con solícita amabilidad campesina y se desvivían por facilitar la tarea del Inspector. Desde la pieza inmediata arrastraron al comedor un par de baúles, que abrieron presurosamente para presentarle su contenido.

Petinal reparó, instantáneamente, en la existencia de varias copas idénticas a las que fueron halladas en el maletín azul que se encontró junto a los cadáveres de la playa. Igualmente contenía el baúl un rollo de cuerda de esparto, similar a la que encerraba el famoso maletín; pero lo que más poderosamente reclamó su atención fué que allí dentro figuraba una serie de prendas de uso cotidiano e íntimo, perteneciente a las hermanas, así como dos trajes del varón en magnífico uso, calzado sin estrenar y algunas medallas y anillos, asimismo, pertenecientes al trío de hermanos...

—Muy raro, ¿verdad? —sondeó a los familiares comentando aquello—. El que unas personas se trasladen fuera de España no justifica que se desprendan de estos objetos de uso diario.

—Nosotros no entendemos nada de eso, señor —declaró uno de ellos con expresión de honda y sincera perplejidad en su atezado rostro—. Fuimos a recoger todo esto y luego nos volvimos aquí... ¿Nos... nos puede ocurrir algo por ello?

—¡Oh, no; nada en absoluto! —tranquilizó el Inspector—. Pueden estar bien tranquilos.

Ofrecióles un cigarrillo rubio, que fué aceptado con manifiesta complacencia, y siguió interrogando en tono abierto y amistoso.

—¿Notaron algo extraño en el aspecto de sus primos cuando les vieron ustedes por última vez?

—Pues... nunca se notaba nada en ellos, señor, si es que hablamos claro. Jamás contaban y disimulaban perfectamente sus ...emociones, ¿sabe?... Pero aquel día —añadió pensativo el que hablaba— me pareció que Julio, mi primo, estaba muy triste; tenía los hombros caídos y parecía un ...un hombre aplanado o vencido.

—Ya; aplanado o vencido. Muy interesante.

Estuvo considerando aquellas palabras un instante, y luego preguntó:

—¿Y ellas, las mujeres?

—Pues... parecían tener algo entre ceja y ceja. Casi no nos saludaron y anduvieron de un lado para otro como fantasmas. Al despedirse de su amiga Ascensión parecían estatuas... Y cuando la regalaron

aquel estuche de manicura lo depositaron en sus manos sin pronunciar palabra...

—¿Ha dicho usted Ascensión? —preguntó Petinal avanzando el tronco hacia ellos con cierto aire de interés.

—Sí, señor; es una vieja y paciente compañera de su niñez. Frecuentaba algo el trato de ellos.

—Ya; me habían hablado de esa señora —rememoró el Inspector—. Habré de hacerle también una pequeña visita... ¡Hasta la vista, señores!... ¡Y muchas gracias!...

VIII

INVESTIGACIONES DE RIAZA EN CARTAGENA

A1 mismo tiempo que Petinal realizaba en Haro aquella serie de exploraciones encaminadas a conocer y estudiar el clima social, psicopatológico y moral de los tres hermanos, el Inspector Rianza trabajaba incesantemente en la tarea de trenzar los últimos hilos que aun quedaban sueltos al luctuoso guñol de los hechos. Le interesaba averiguar el motivo de la ausencia de las hermanas del «Bar Náutico», de Cartagena, donde su hermano quedó solo esperándolas aquella tarde del día doce, y con paciente meticulosidad estaba dedicado al arduo intento de encauzar la memoria de los camareros hacia tan interesante punto.

—¿Ustedes recuerdan a las dos mujeres? —preguntaba a los empleados sentado ante uno de los veladores.

—Sí, señor. Los tres las recordamos bastante bien —expuso el de más edad, colocándo un paño blanco sobre su hombro izquierdo—. Hemos hablado bastante de ellas desde que la prensa comenzó a ocuparse del asunto a bombo y platillo.

—¿Recuerdan a qué hora se sentaron? —siguió el flaco Rianza, buceando en sus mentes a la captura de un foco de luz.

—También lo recordamos perfectamente, señor —indicó otro de los empleados—. Salieron del establecimiento hacia las seis y diez de la tarde sobre poco más o menos.

Perfectamente— A las seis y diez de la tarde... ¿Y a qué hora regresaron?

—Unos diez minutos después.

—Entonces no pudieron alejarse demasiado... —dedujo haciendo girar un vaso entre sus dedos tan finos como palillos—. Dos mujeres forasteras y casi ancianas no se apartan del hermano mayor a menos que...

—A menos que vayan de compras, ¿no es eso, señor? —expuso el dependiente de más edad.

—¡Probabilísimo!... Entonces tuvieron que venir con algún paquete en la mano, salvo que fuera una cosa de escaso volumen la que adquirieron, ¿de acuerdo?... Pues ahora tienen ustedes que exprimir su memoria hasta recordar cómo era ese paquete...

—¡Ya lo tengo! —exclamó el camarero más joven haciendo chasquear los dedos—. Yo fui quien les cobré. Cuando regresaron no traían visible ningún bulto, pero quien satisfizo la cuenta fué una de las mujeres —la que apareció muerta en la playa—, y al sacar el monedero pude distinguir allí dentro un pequeño envoltorio de color verde...

El Inspector Riaza mordió con excitación la embocadura del cigarro

—¿Un paquete verde?... ¿Está usted seguro?... ¿Qué forma tenía? —ametraló al dependiente.

—Era... como un pequeño sobre y...

—¡Un pequeño sobre!... Eso apunta hacia una farmacia o una droguería —saltó el Inspector Riaza interrumpiéndole.

—Si me permite, señor —explicó el encargado del negocio—, he de aclararle que las farmacias de estos alrededores sólo utilizan sobres blancos, de esos casi transparentes, con la indicación de su contenido...

—Bien. Entonces una droguería... ¿Cuál es la más próxima? —dijo colocándose en pie.

—Cuatro manzanas más arriba, señor. La reconocerá porque tiene las puertas esmaltadas de amarillo.

—¡Gracias, muchachos!... ¡Y tómense una copa de licor a la salud del Inspector Riaza! —exclamó con alegría.

Y abandonó el local, dejando una propina sobre el tablero del velador.

* * *

Atendía la droguería un barbudo anciano, de bondadoso aspecto, que utilizaba gruesos lentes. Cuando le dirigían la palabra hacía pantalla con su mano derecha alrededor del oído.

—¿Cómo dice, señor? —demandó por tercera vez aproximándose hacia el Inspector por encima del mostrador de pino.

—Dos señoras de su edad, forasteras, que estuvieron comprando en su establecimiento el día doce por la tarde.

Sí, señor. Las recuerdo —concedió al fin—. ¿Les ha ocurrido algo?

—Les ha ocurrido algo sumamente desagradable. Yo soy policía y

deseo que haga usted memoria para recordar qué cosa adquirieron en esta droguería.

—No preciso hacer memoria, señor —aclaró con ojillos que chispeaban inteligentemente—. Me compraron veinte gramos de «sal de acederas».

— ¡«Sal de acederas» ! —reptió el Inspector rascándose la frente bajo el sombrero—. Ellas adquirieron «sal de acederas» ; «sal de acederas» contenían sus vísceras ; «sal de acederas» eran los residuos que contenían las tres copas que fueron halladas en el maletín azul..., y a «sal de acederas» se refería el artículo de «Nueva Rioja» con que estaba forrada la enciclopedia... ¡Y ellas mismas habían comprado «sal de acederas» en aquella droguería!...

Fué cuando, pensativamente, recorría las calles hacia el hotel el preciso momento en que comenzó a sospechar que todo aquello podría tener un sentido excesivamente inusitado y monstruoso... Recordó las huellas que había entrevisto en la playa su compañero Berrocal, y principió a encontrar fundamento a ciertas reticencias del camarada que entonces se encontraba en Haro...

¡OCULTABAN LOS REVESES!

El Inspector Petinal había regresado a Haro en coche desde Añana donde se había entrevistado con los primos de las víctimas. Y el propio vehículo lo dejó frente a la puerta de la finca donde habitaba Ascensión aquella amiga de los fallecidos hermanos, que salió a relucir por dos veces durante sus investigaciones.

Era aquella una señora que aparentaba rozar los sesenta años. Su cara semejaba la de un pichón, aunque no por ello pudiera decirse que era desagradable. Sus ojillos eran vivaces, y su conversación simpática en todo momento.

—¡Que horrible desgracia! ¿verdad? —comentó con el Inspector cuando éste la hubo puesto al corriente de su papel en el asunto—. Eran bastante raros, pero nunca soñé que fueran a terminar de forma tan macabra... ¿Y de Marina?... ¿Se sabe algo?... ¿No?... ¿Aun no ha aparecido?... ¡Pobrecilla!... Era también algo anormal de carácter; casi tanto como sus hermanos, pero ninguno de ellos tenía mal fondo...

Quedó unos momentos reflexionando como si estudiase la conveniencia de expresar algo, y luego dijo:

—Oiga usted, caballero; yo no he contado a nadie su verdadera situación económica en estos últimos tiempos... Aunque no eran cariñosos conmigo, yo siempre... siempre les he considerado como amigos, ¿entiende?

—Hacía usted muy bien ocultando cualquier cosa que ellos quisieran disimular, pero ahora debe franquearse con la Justicia. Esas muertes constituyen un verdadero enigma y todas las personas de bien deben ayudar a la Policía para esclarecer los hechos.

—Lo sé, Inspector —pronunció con expresión que trascendía franqueza—. Y estoy dispuesta a detallarle todo de cuanto he podido ir enterándome, a pesar de que ellas procedían muy reservadamente conmigo.

Verá... Los tres hermanos, bien por desconocimiento, incapacidad o ineptitud..., o bien por su especial idiosincrasia, han caminado de fracaso en fracaso en todos sus negocios... ¿Comprende? Como consecuencia, cada vez que emprendían uno nuevo lo hacían en condiciones económicas inferiores, por lo que su primitivo capital fué decreciendo en forma paulatina e irremediable.

Sirvióse un vaso de agua, y prosiguió, luego de apurarlo:

—Ellos ocultaban celosamente estos reveses. Un desmedido y extraño orgullo les volvía cada vez más retraídos y huraños, y aunque llegaron a la situación de ser unas pobres ratas, careciendo, por completo, de capital y de ingresos conocidos, alardearon hasta el último instante de sus valores industriales, de su cuenta corriente y de sus negocios... Pero la triste realidad es que se vieron obligados a ir vendiendo poco a poco la casi totalidad de sus alhajas, armarios, vajillas, mantas... ¡y hasta toallas!...

El Inspector pareció hipnotizado algún tiempo, con la vista clavada en el tapete, mientras analizaba todo el sombrío sentido de aquellas palabras.

—¿Y ellos mismos gestionaban esas ventas abatiendo la soberbia? —inquirió al cabo de unos momentos.

—No; de ningún modo. Requirieron los servicios de una mujer para que ofreciera esos objetos por las pensiones y casas particulares, bajo la exclusiva condición de que ocultase la procedencia... Ella se aprovechó bastante, pues algunas de esas cosas las liquidó a precios irrisorios...

—¿Y la gente de aquí no llegó a intuir lo que ocurría? —interrumpió Petinal.

—Pues no; porque cuando comenzaron a desprenderse de los muebles propalaron la noticia de que lo hacían para trasladarse fuera de la Península con objeto de instalar un nuevo negocio...

La mujer pareció a punto de hacer pucheros antes de seguir hablando.

—Lucharon angustiosamente los pobres en estos últimos tiempos —agregó con pena sincera—. Solicitaron permiso para instalar aquí una fábrica de pastas para sopa...; pero no llegó el permiso ni el crédito... Los últimos meses constituyeron una oscura y tenebrosa tragedia para aquel triunvirato... Se veían como ratas atrapadas... Casi ancianos..., vencidos..., sin posibilidad de llevar la vida que siempre habían soñado para deslumbrar a todos...

El rostro del Inspector habíase ensombrecido, mientras la mujer presentaba a su imaginación lo que debió ser aquel sórdido panorama.

—Muy gráfica, señora. Ha conseguido usted reforzar una idea que asaltó mi mente desde el principio del caso. Con sus palabras acaba de colocar el ladrillo que faltaba al edificio de mi hipótesis... Y creo que el siniestro enigma de la playa de Mazarrón está lo suficientemente concluso como para que yo pueda emitir mi informe. Unicamente —añadió— sería conveniente alguna pequeña comprobación... Por ejemplo, ¿usted sabe en qué Banco tenían ellos depositados sus fondos?

—Sí, señor; precisamente en el de ahí enfrente.

Y señaló a través de los visillos un edificio de lujosa construcción.

—A sus pies, señora —se despidió luego—. Su ayuda ha constituido para mí un elemento particularmente valioso.

Rozó con los labios las puntas de sus dedos y cruzó el umbral casi con expresión de tristeza en su rostro ordinariamente despreocupado.

* * *

La contemplación del estado de cuentas bancario de los tres hermanos era un fiel reflejo de lo que debió constituir su íntima tragedia. Diez años antes habían iniciado sus relaciones con la entidad, ingresando mancomunadamente una importantísima cifra. Y las combinaciones sucesivas del Debe con el Haber iban jalonando, con diáfana claridad, un alarmante avance cara a la bancarrota. Los saldos habían ido menguando como si la adversidad hubiera gozado al devorar cantidades..., y el último dato acusaba que el único capital disponible a favor de ellos era ¡el de setenta y cinco pesetas!...

El Inspector no oyó las palabras del afable gerente. Más cariacontecido que nunca encasquetóse el sombrero y como un autómatas estuvo recorriendo las calles que le separaban de su residencia.

CONFERENCIA CON RIAZA

De regreso al hotel donde se hospedaba, Petinal descalzóse un pie con la ayuda del otro, y luego de colgar la americana se dejó caer desplomado sobre la cama para intentar, cómodamente, la coordinación definitiva de aquella serie de hechos; pero apenas tuvo tiempo de comenzar, pues la dueña del establecimiento estaba anunciándole, desde el otro lado de la puerta, que alguien deseaba hablarle telefónicamente desde Mazarrón.

—Dígame —demandó cansino con el micro pegado al oído.

—¿Inspector Petinal? —fué la pregunta que se produjo al otro lado del hilo.

—Sí; dime, Riaza. ¿Qué hay de nuevo?

—He descubierto dónde fueron las dos célebres hermanas cuando se ausentaron del «Bar Náutico» de Cartagena... ¿Me oyes bien?... ¡Pues fueron, por su propio pie, a comprar veinte gramos de «sal de acederas» en una droguería cercana!

—¡Canastos!... Eso refuerza nuestra teoría «A», ¿no es cierto?... ¡«Sal de acederas»!

—Así es..., y atiende ahora a otra cosa: esta localidad está copada por un enjambre de abejas periodísticas que liban en cada esquina y en cada rincón sus sensacionalistas informaciones..., y ha causado bastante revuelo el hecho de que los tres hermanos partieron de ahí siendo portadores del famoso maletín azul... y de una maleta grande de viaje... ¿Me sigues oyendo?... ¡Y a dicha maleta grande se la ha tragado la tierra!...

—No se la ha tragado nadie, Riaza. Iba a llamarte yo dentro de un rato, si es que no llegas a hacerlo tú... La maleta de referencia fué expedida, a porte pagado, por las víctimas, desde Madrid, con destino a unos primos residentes en un pueblo de estas cercanías... Sí; ha llegado ya y la tienen en su poder...

—¿Contiene algo de particular?

—Cosas de las que generalmente suelen utilizarse en los viajes... Sí; muy falto de sentido que se desprendieran de ellas, ¿verdad? ...Sí desde luego, no es nada normal ese hecho... a menos que se considerasen ya *innecesarias*.

—Exacto, Petinal... Bueno, y de sus personalidades, ¿qué has logrado saber ahí?

—Pues... manías de grandeza..., brumosos..., herméticos..., empinados..., histerismos en las mujeres..., todos ellos obsesivos y de mente enfermiza..., muy capaces de aferrarse a una idea o a una línea de conducta y dejarse degollar por no cejar... Ninguna simpatía en el pueblo... Tienen más familia, pero constituían una especie de isla incomunicada con el resto del mundo... Nunca han estado en manos de un psiquiatra, pero mi opinión, a la vista de todo esto, es que les hubiera convenido...

—Muy bien, Luis; ya veo que llevaban una vida oscura e impenetrable por voluntad propia...; pero psicológicamente debe existir algún fundamento, algún ansia morbosa por esconder *algo* que sus caracteres, dados al encastillamiento misterioso, no podían tolerar que fuese del dominio público...

—Eso me parece a mí también, Riaza; y eso estoy intentando averiguar... Bueno, compañero, voy a colgar... ¡Hasta la vista!

—¡Ah! Otra cosa, Petinal —exclamó el flaco Riaza al otro lado del hilo—. ¿Has leído algún periódico de esta mañana?

—No he tenido tiempo, compadre; esa es la verdad.

Y sin desclavar el auricular de su oído desplegó un ejemplar que se encontraba sobre la mesita e hizo un gesto de perplejidad al ojear velozmente la ostensible cabecera:

SE ESPERA ENCONTRAR EN BREVE LA SOLUCION AL ENIGMA DE MAZARRON.

Las activas pesquisas de la Policía están a punto de...

—Oye, Riaza —exclamó—. Acabo de echar un vistazo a los titulares... y creo que es así en realidad. Poco habremos de investigar ya.

Se despidió de su compañero, colgó el aparato y volvió a tumbarse en la cama con el periódico ante sus ojos.

Abandonó el diario sobre una silla cuando finalizó su lectura. Había enfocado la solución exacta del caso desde el principio, y ello estaba tan claro ante sus ojos como la totalidad del desarrollo de aquel brumoso asunto de Mazarrón, *que finalizó en suicidio colectivo...*

ASUNTO CONCLUSO

Mientras Petinal volvía en el tren a Mazarrón, el pavoroso cuadro de aquel derrumbamiento presentábase a su mente con caracteres espantables. Se imaginaba la helada desesperación de aquel orgulloso grupo familiar al ver disipadas sus defensas económicas... Reconstruía las torvas escenas de los viejos, palpando con desesperación de su propia miseria... e intuía las escenas terroríficas de aquellos momentos en que la monstruosa idea del suicidio colectivo prendió en sus cerebros... Y se dió cuenta que estaba ansiando llegar junto a su compañero... Deseaba que alguien le infundiera la suficiente fortaleza para considerar aquella bárbara tragedia sin escalofriarse...

* * *

Por la mañana arribó el ferrocarril a la pequeña estación. El frío no era tan intenso como los días anteriores, y un sol claro, aunque de escasa fuerza, brillaba por encima de los montes próximos. Su camarada Rianza estábale aguardando en el andén con reconcentrada expresión.

—Caso resuelto, ¿no? —dijo, aunque sin demasiada satisfacción.

—Del todo, amigo —repuso el otro—; salvo una cosa: ¿Qué fué del tercer cadáver?

—Muy sencillo —contestó Rianza, tomándole del brazo e introduciéndole en un taxi que aguardaba a pocos pasos—. Ayer anduve paseando por la playa. Exactamente por el lugar del hallazgo. Y allí estuve recordando las huellas que Berrocal pareció entrever, dirigiéndose hacia el agua, ¿recuerdas?

—Sí —afirmó Petinal sencillamente—. Las recuerdo perfectamente.

—Bien; pues ahí está el misterio. Cuando lleguemos a ese punto podré hacerte una pequeña demostración.

Ambos se dejaron conducir por el vehículo, silenciosos y pensativos, hasta el preciso lugar donde los restos mortales fueron hallados. Fué entonces cuando Riaza descendió del coche con un paquete bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —demandó Petinal, señalando el bulto.

—Esto es carne —repuso el otro dirigiéndose a la misma orilla—, y vas a observar lo que sucede con ella.

Desenvolvió un puñado de filetes y alargando el brazo lo lanzó a las aguas... Apenas había rozado la superficie, cuando de entre las rocas surgieron miles de «morenas», esos terribles monstruos devoradores. Con satánica glotonería desgarraban y masticaban, mordiéndose salvajemente entre ellos mismos... Y transcurridos unos segundos, allí no quedaba absolutamente nada. Los odiosos pezancos habían vuelto a su refugio, llevando entre los dientes hasta la última brizna de aquella carnaza...

—Ese fué el final de Marina, la desaparecida —explicó luego Riaza a su horripilado compañero—. Los tres hermanos ingirieron veneno, pero ella seguramente no tomó la cantidad suficiente y quiso terminar así... Aquellas débiles huellas eran las de sus pies desnudos dirigiéndose hacia el remate...

—Es..., es horrible —comentó Petinal sin voz apenas—; es todo mucho más escalofriante que el peor asesinato...

* * *

Y por la tarde, sentados ambos en la pequeña mesa del hotel, redactaron su espantable informe, que terminaba así:

... por todo lo expuesto, los funcionarios informantes, ante las siguientes consideraciones:

- a) *La índole del veneno, típicamente suicida y la no existencia de precedente de haber sido utilizado con ánimo homicida por su sabor y acción cáustica, que implica voluntariedad en su ingestión;*
- b) *La precaria situación económica de los hermanos y su desmedido orgullo y vanidad, que les impedía admitir públicamente la ruina, así como su incapacidad para iniciar, a su edad, nuevas empresas, debieron ser las circunstancias que contribuyeron a que germinara en*

sus mentes la idea del suicidio; a la que han venido dando forma de ejecución desde hace bastante tiempo, hasta constituir en sus cerebros enfermizos una verdadera obsesión, que debieron aceptar como algo fatal, pero inevitable.

- c) *La coincidencia del veneno utilizado, de por sí muy poco común y menos empleado como tal, al que hace mención la parte del periódico que servía de forro al Diccionario que fué encontrado en el maletín y donde aparece una noticia referente a la intoxicación de una persona por ingestión errónea de "sal de acederas" y la adquisición de veinte gramos de este tóxico por ellos mismos en Cartagena, así como el hecho de que las copas usadas para ingerirlo traíanlas preparadas, a propósito, desde Haro y pertenecían a vajilla de su pertenencia.*
- d) *El hecho de haber querido destruir todo cuanto pudiera identificarlos, y que implica su deseo de que tal acto no fuera conocido por sus parientes y amistades, y*
- c) *La chocante donación voluntaria y desinteresada de todos sus bienes, así como de aquellas prendas de las que no es lógico ni racional desprenderse ni aun para trasladarse al extranjero, así como la reexpedición desde Madrid a Vitoria de la maleta, que en unión del maletín hallado constituía su único equipaje:*

LLEGAMOS A LA CONCLUSION de que el presente hecho constituye uno de los rarísimos actos de SUICIDIO COLECTIVO que se registran en los anales de la investigación policial.

* * *

Y con ello finalizaron oficialmente el intrincado misterio de la playa.

UN SOBRE AZUL

Habían transcurrido un par de días. El humor de Petinal no era muy bueno aquella mañana. Trabajó con ahinco en el caso y albergaba, sin embargo, la certeza de que su resolución satisfactoria no le proporcionaría otra cosa que alguna palmada de aliento en las espaldas. El asunto, pese a su escandalosa notoriedad, había llegado a un desenlace excesivamente sórdido y de escasa espectacularidad como para que representara algún avance en el camino que habría de recorrer hasta el ascenso...

Así estaba predispuesto a las más negras consideraciones, envuelto en su largo batín de casa, cuando su madre hizo su aparición en la sala.

—Una señorita aguarda en la salita de la entrada para verle, señor —bromeó con su vocecilla aguda.

Tentado estuvo entonces de enviar al diablo a quien fuera, pero terminó cambiando la bata por una americana que entonaba con los pantalones, y trasladándose malhumorado a la pieza que se le había indicado.

May, su prometida, estaba allí, ocupando el centro de una *chaise longue*, tapizada de peltre, vistiendo un alegre traje de mañana con la bonita sencillez que cuadraba a sus pocos años y dedicándole una abierta sonrisa, que ponía al descubierto sus dientes de ensueño. Petinal reparó después en que ella tenía un sobre azul sujeto por su enguatada mano derecha.

—Vengo a felicitarte, Luis —manifestó con los ojos brillantes—. Quizá el desentrañamiento de este misterioso enigma haya sido labor de poco lucimiento, pero tu actitud y tu agudeza de juicio hasta lograr la colocación del punto final ha sido algo de lo que puedes sentirte absolutamente satisfecho.

—Posiblemente; pero adelanté escasamente con ello, May —arguyó desalentado—. Dudo que en las esferas directivas haya sido tomado en consideración mi esfuerzo.

—No lo aseguraría tanto, querido —sonrió ella, abanicándose con el sobre. ¿Qué opinarías ahora si la superioridad hubiera premiado tu labor?... Un motorista iba a entregar aquí este comunicado, y yo lo recogí a la misma puerta. Tengo la impresión de que encierra algo bueno, Luis... ¿Puedo ser yo quien lo lea?

El Inspector produjo un gesto de escepticismo y encogió después los hombros como dando a entender que le resultaba indiferente.

Ella paseó entonces sus ojos por los primeros renglones del escrito. Luego volvió aceleradamente su vista al principio para comenzar a leer con temblor emocionado en la voz:

RECOMPENSA:

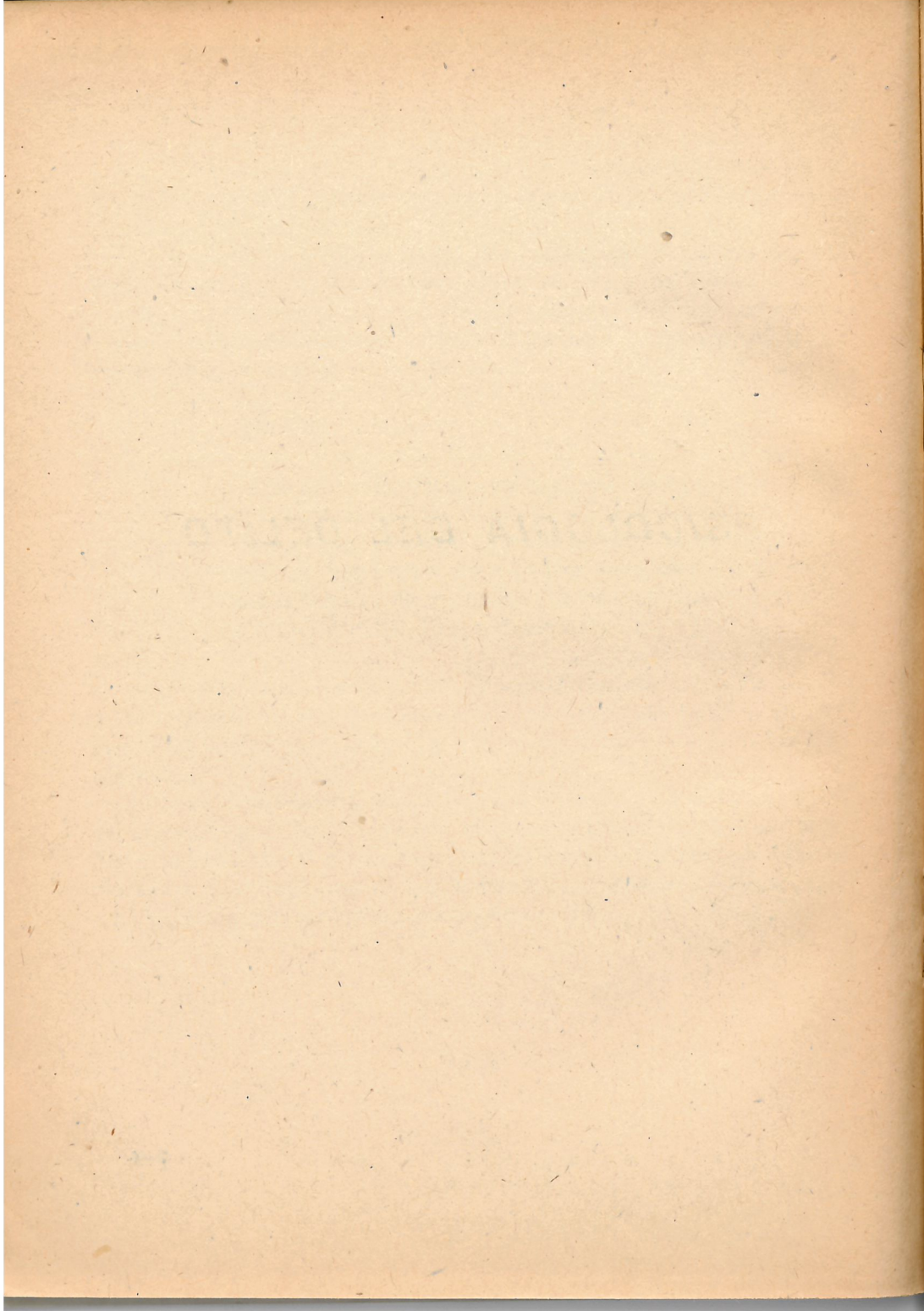
En uso de las facultades que me confiere el artículo 400 del Reglamento Provisional de 25 de noviembre de 1930, he acordado conceder al Inspector del Cuerpo General de Policía, don Luis Petinal Escera, en atención a los méritos contraídos en el servicio, la recompensa de FELICITACION PUBLICA, con anotación...

—¿Te has dado cuenta, Luis? —comentó casi palmeando de alegría y sin terminar de leer el escrito—. Hemos triunfado también en este caso. Habrá sido poco teatral su terminación, pero el mérito ha sido valorado...

El hombre permaneció reclinado pensativamente en la butaca e inhaló del cigarro varias bocanadas con los ojos entornados, mientras paladeaba íntimamente el encanto que transpiraban las palabras de May al pluralizar. Contempló sus ojos calladamente, y consideró, dichoso, que era algo estupendo ser amado por aquella mujer...

FIN

PSICOLOGIA DEL DELITO



NOTA PARA EL LECTOR

Sabido es el interés con que la mayor parte de los ajenos a la investigación criminal siguen la lectura de cuantos problemas, estudios y procedimientos están relacionados con aquélla.

Tanto la *Psiquiatría* como la *Técnica Operativa Policial* llegan a interesar a los profanos por lo que tienen en común de misterioso y reservado. Pero mucho más hubiera apasionado a los amantes de estas cuestiones una rama de la ciencia que, en cierto modo, agrupa y relaciona estas dos fascinantes especialidades bajo la denominación de *Psiquiatría Criminal*.

Aprovechando sus enseñanzas — hoy de texto en nuestra Escuela de Policía — un investigador policiaco puede llegar a intuir las probabilidades de la especialidad delictiva de un individuo a la vista de su constitución somática y de otra serie de referencias de tipo psicológico e incluso clínico.

Uno de los mayores impulsores de esta especialidad en nuestra patria falleció recientemente, dejando un hueco irreparable. Nos referimos al prestigioso profesor, Comisario de Policía y doctor en Medicina, don Francisco Javier Echalecu y Canino.

CARGEL BLASTON siguió con despierta atención el alborear de esta rama en España, bajo los directos auspicios del profesor doctor Echalecu, perfeccionándose en tal forma, que sus conocimientos le permitieron pronunciar innumerables conferencias y acudir al último Congreso Internacional de Escritores Policiacos, recientemente celebrado en Roma, donde intervino con su trabajo "*Psicología del Delito*", cuyo extracto publicamos a continuación en la seguridad de que cautivará a sus seguidores en esta colección.

investigarse en dos direcciones concurrentes: la biológica, basada en los diversos tipos de constitución somática, y la sociológica, que examina los factores ambientales que conducen a la comisión de la falta.

Con arreglo a la primera de aquellas dos direcciones, la biológica, son tres los grupos principales en que las modernas tendencias encasillan a los humanos según su conformación: el leptosomático, el atlético y el pícnico. Los individuos acogidos a las dos primeras divisiones, se observa preponderan en los casos de esquizofrenia, y los de la última, o sea los pícnicos, en el de la locura circular maniaco-depresiva. Según las más recientes fórmulas, la tipología de un individuo presupone una línea de conducta delictiva perfectamente definida si ese individuo cede a su tendencia morbosa al crimen.

El leptosomático o asténico tiene el tórax estrecho y alargado, hombros exiguos, tronco cilíndrico. Sus huesos, músculos y piel son gráciles y finos. Su cabeza es de poco tamaño y la nariz, larga y puntiaguda, contribuye a que su perfil angular recuerde al de un pájaro. Su coloración de piel es pálida y tiene los cabellos y cejas abundantes. Estos individuos han sido, generalmente, delicados y endebles en los años de infancia, han crecido relativamente aprisa, pero nunca han llegado a engordar aunque hayan comido glotonamente.

Esta familia morfológica tiene caracterizada su mentalidad por una reflexión abstracta y sistemática de los problemas, por una tenaz capacidad retentiva, y por un persistente estado mi antrópico. Su fondo de personalidad se halla muy oculto. Es amigo del estudio frío y metódico de los hechos. Hoscamente insensible al cariño semeja un «paralítico efectivo» y la erótica no constituye en él una inclinación cálida y natural, sino éxtasis y frialdad ruda y disciplente. Si su ambiente económico se lo permite deja discurrir su vida en el mundo aristocráticamente helado de los salones, en la contemplación de la naturaleza solitaria, de la antigüedad clásica o de los lejanos tiempos pictóricos. En la esfera social media, el leptosomático elige trabajo que requiere escasa potencia muscular, preferentemente el rutinario de oficinas, y es huraño, hosco e irritable con los compañeros, manifestando en forma permanente y brusca su posición antitética frente a todo. En los estratos más bajos, es el ser prácticamente insociable, inquieto, disconforme, absolutamente predispuesto a cualquier comisión delictiva que requiera astucia.

Esta clase de individuos delinquen sellando su actuación con un matiz de refinamiento sádico e inteligente. No suele dejar rastros ni pistas, pues su estudio sistemático y agudo de los hechos le hace prever el razonamiento ajeno. Estadísticas efectuadas con rico material vi-

viente acusan que el leptosomático aporta el mayor contingente de delinquentes habituales o reincidentes, por su escasa incapacidad de adaptación social, observándose, al paso, que sus faltas suelen ser contra la propiedad. Tanto el ladrón, en sus variadas modalidades de «carteristas», «sañeros», «piqueros», o «tomadores del dos», «palquistas», «espadistas», «toperos», «renguistas» y «descuideros», así como aplastante mayoría de vagabundos y mendigos responden a la morfología clásica del leptosomático. Su vivacidad y despejada inteligencia le dota tan magistralmente para el ejercicio de la estafa que determinadas exploraciones entre una gran masa de población penal tuvieron por resultado especificar que el asombroso porcentaje del 42 por 100 entre los estafadores correspondían al tipo leptosomático o asténico.

Otro de los grupos en que se encasilla morfológicamente al individuo es el atlético.

Los componentes de esta división se distinguen por su pecho amplio y potentemente musculado, y la parte baja de su cuerpo estrecha, por lo que la impresión que se desprende de la contemplación de su silueta es la de un triángulo invertido. La plástica está condicionada por los relieves de los músculos vigorosos y la pesadez de la estructura ósea se hace patente en las clavículas espesas y en los ligamentos de manos y pies. La piel es gruesa y fuerte, con escasa adiposidad. La estatura se halla por encima de la media y la cabeza se ve altivamente plantada sobre un cuello delgado. Dentro de los rasgos generales del atlético cabe distinguir dos subgrupos en relación con la armonía de sus líneas: Uno proporcionado, con bello equilibrio de movimiento y otro de pesadez general y escasamente correcto según la idea estética. No obstante, ambos, se ven afectados de análogas características psicóticas o delincuenciales.

Los ejemplares de esta especie gozan de precoz desarrollo y hacia los 18 años alcanzan el punto culminante de crecimiento.

Si cede a los empujes delictógenos, el sello de su actuación es la espantable y primitiva bestialidad. Poco adaptable para la comisión de delitos que requieran astucia y habilidad, cuando delinque, es siempre mediando la fuerza bruta. Carece de la sangre fría y reflexión del leptosomático y no suele disfrazar los elementos del crimen para eludir la responsabilidad. Torpemente, deja un reguero de huellas y rastros múltiples que conducen derechamente a la policía hacia él. No suele entregarse con facilidad y la falta absoluta de dominio en sus reacciones lo convierten frecuentemente en una peligrosísima ali-
maña.

La clase de transgresiones de que el atlético suele ser responsable con una mayor frecuencia son las que entrañan violencia y especial

brutalidad, tales como asesinatos, robos a mano armada, llamado en el argot del hampa «sirlas», lesiones, así como, en menor escala, la representación del poco airoso papel de zángano o rufián.

El tercero de los grupos es el que incluye a los pícnicos o adiposos.

Este ejemplar humano presenta una rechoncha estructura, sonrosado color de piel y rostro lleno y carnoso. Su sistema óseo es indudablemente débil. Suele tener cabellos finos y flexibles aunque muy poco numerosos propendiendo en muchos casos a la calvicie precoz aunque su barba se encuentre fuertemente desarrollada. Su aspecto físico transpira bondad, afabilidad y buen humor. Invariablemente se muestra natural y franco y resulta extremadamente fácil entablar amistad con él por lo que hay de tierno y cálido en su temperamento. Alegre, viváz, amable, aficionado a la vida alegre y fastuosa, a los amigos aduladores, a la comida y bebida en grandes cantidades, aparecen como la radiante estampa del optimismo. En algunas ocasiones surgen individuos encuadrados en esta morfología como inclinados al vivir relajado, aunque su manifestación típica es la del hombre superficial, charlatán, epícurico y osado.

Sus reacciones temperamentales suelen ser blandas. En muy raras ocasiones llega a manchar de sangre sus manos. Cuando alguna vez llega a hacerlo, el crimen se ve determinado exclusivamente por impulsos pasionales o por complejo de vencimiento ante la vida, interviniendo en muy escasa proporción los móviles o factores de índole sexual.

El tipo pícnico suele ser asazmente desarrollado y crece con facilidad, llegando al máximo de su desarrollo físico hacia los 25 años. Es entonces cuando en mayor proporción acumula grasa sobre el tronco mientras sus extremidades quedan gráciles y descarnadas. Su silueta presenta la estatura media, y el rostro flojo, blando y redondo se asienta en un cuello macizo hundido entre los hombros, la curva del vientre acusa la presencia de la grasa y sus manos se ofrecen anchas y cortas con pesados dedos algo disminuidos en las puntas.

La mentalidad del pícnico se determina por pensamientos concretos en unos casos o intuitivos en otros. Intellectualmente se inclinan con gran preferencia hacia la botánica, zoología, medicina o cualquier otra ciencia de la Naturaleza, y ante la necesidad de escoger profesión no intelectual adopta la de viajante de comercio, dependiente, o cualquier otra que exija verborrea, penetración, dominio de materias muy concretas y desbordante simpatía.

Cuando el pícnico cae en el campo del delito dinerario, opta por la falsificación y la estafa, aunque la mayor parte de sus actos presi-

diablos están constituidos por atentados contra la honestidad y el pudor como una consecuencia derivada de su exuberancia carnal. El pánico incurre también, muchas veces, en los delitos modernos de «estraperlo» y contrabando.

En este grupo se observa un bajísimo porcentaje de criminalidad, y después de haber delinquido se ofrece como fácilmente corregible. Escasea notablemente el habitual o reincidente entre el contingente de pánicos y su tipología coincide con la del morbosos atacado de locura circular maníacodepresiva o ciclofrénico.

A continuación de las grandes áreas morfológicas delimitadas por los tres grupos anteriores de leptosomáticos o estrechos, atléticos o fuertes o pánicos o adiposos, se considera el interesante círculo de los displásticos o desagradables.

Tres son las subdivisiones o subgrupos que pueden discriminarse dentro de esta familia para su mejor estudio:

El subgrupo de gigantismo eunucoide, el de la obesidad eunucoide poliglandular y el de infantilismo hipoplástico.

Los componentes del primer grupo o de gigantismo eunucoide ofrecen talla elevadísima, longitud exagerada de sus extremidades en proporción al tronco, órganos genitales disminuidos y gran desarrollo de la cabellera, aunque escasa de pilosidad en el resto del cuerpo. Frecuentemente ven configurado su cráneo en forma de torre. Su pelvis está ensanchada en exceso y el general aspecto somático recuerda la forma de una pera.

Los integrantes del segundo subgrupo, u obesos eunucoide poliglandulares, tienen bastante parecido físico y temperamental con los componentes del subgrupo de gigantismo eunucoide. Su textura es función de una serie de trastornos glandulares y su carácter es abúlico, abandonado, indeciso, con tendencia a la suciedad y al desaliño.

En estos dos grupos encuadrados en el general displásico se observa el mayor porcentaje de criminalidad que en ningún otro. Su temperamento psicótico por antonomasia les predispone a toda índole de transgresiones y sería prolijo enumerar ahora toda la serie de delitos en que recaen los encuadrados en estas dos subdivisiones.

El tercer subgrupo que corresponde a la denominación de displásticos, es el de infantilismo o hipoplasia.

Está constituida esta subdivisión por individuos retrasados en el desarrollo físico con disminución de las medidas antropológicas. Esta clase de tipos muestra una peculiar astucia de contenido nervioso y agitado. Insatisfechos con su propia constitución son saltarines, inquietos, disconformes, descontentadizos e inadaptados. Raramente recurren al delito de sangre. Por preferencia dedican sus actividades

al carterismo y al pequeño hurto aunque, asimismo, se procuran la existencia actuando como ayudantes o preparadores de delitos que corren a cargo de transgresores de mayor corpulencia.

En general el displásico, tanto el afectado de gigantismo como el de infantilismo, sufren el complejo de su desproporcionalidad en el medio común y se ve a sí mismo como pieza inadaptada, lo que le convierte en irritable, rencoroso y terrible. La estadística se muestra generosa atribuyendo a este grupo toda suerte de culpas en variadísimas comisiones delictuosas y presenta a la masa constituyente como bastante poco susceptible de corrección moral a posteriori. Se inclina hacia profesiones de muy escaso esfuerzo y cuando renuncia definitivamente a la lucha honrada por la existencia elige como medio para subsistir el buscar una compañera femenina que trabaje para él.

Expuestas las particularidades de la influencia de la estructura corporal en la predisposición al delito, trataremos ahora de las de aspecto sociológico, mereciendo destacarse como fundamentalmente más importantes, el resultado de la educación, la influencia del ambiente familiar, el del sitio de trabajo, el de la profesión y el del lugar donde transcurre la existencia, así como otros factores adyacentes.

Las que primeramente operan sobre el ánimo del sujeto son las de la educación en el medio familiar. El carácter del ser humano está constituido por una suma de experiencias sedimentadas, y fácil es comprender que las que inicialmente recibe en su edad temprana juegan un decisivo papel en la formación de su personalidad posterior. La mentalidad de los niños está moldeada, en general, a lo largo de las líneas tradicionales de la familia y de las primeras experiencias captadas en el ámbito familiar. Un hogar desarmonioso, alterado por querellas y falto de amor, predispone al futuro hombre a la comisión del delito.

También influyen poderosamente en la formación posterior de la personalidad los primeros contactos con grupos de compañeros. La actitud de estos tiene más influencia en el desarrollo de la mentalidad infantil que los esfuerzos de sus educadores de la escuela primaria. El delincuente primerizo cae dentro de las prácticas delictivas aprendidas en sus compañeros, escogiéndolo como víctimas a miembros de su ambiente familiar, y las primeras veces experimenta desasosegante sensación de culpa o ansiedad por la falta cometida, más el aplauso venenoso de los falsos amigos, premiando su decisión, y el

desprecio que manifiestan hacia su angustia o remordimiento contribuyen decisivamente a fomentar en él la genuina personalidad del delincuente.

Es pues, en los primeros años, cuando ha de enseñársele a proceder con rectitud. Se le obligará a ser desinteresado haciéndole compartir con sus hermanos o amigos, las golosinas, los juguetes, y la comida. Se cuidará escrupulosamente la selección de sus primeras amistades y más adelante se le inculcará el respeto de los bienes de los demás.

Muy digna de considerarse es aquí la importancia de una adecuada base intelectual. No hay duda de que una persona torpe acaba antes los recursos para adaptarse normalmente a su situación que cualquier persona inteligente o cultivada. Donde acaba la razón empieza la violencia. La lucha contra el delito debe ser profiláctica o de prevención a base de higiene mental.

Otra de las influencias externas en relación con el delito es la del estado social del sujeto.

El matrimonio, para el hombre, representa la forma ideal de vida en la edad adulta. Representa una existencia ordenada y regular, poco accidentada, con relaciones sexuales tranquilas y reglamentadas y una serie de dulces lazos morales que le aproxima al hogar. Para la mujer es la solución inmediata del problema económico y sexual, aunque la transformación de la sociedad la ha emancipado en parte colocándola en condiciones pecuniarias que la permiten desenvolverse célibe en situación de independencia. No obstante, la mujer en general, no se encuentra suficientemente dotada para afrontar las alternativas de la vida por sí sola, y busca en el matrimonio el apoyo moral que desde siglos viene precisando. Determinan los investigadores criminalistas un beneficioso influjo del matrimonio sobre la población delictiva. Muchos aventureros, beodos pertinaces, y delincuentes habituales encuentran su definitiva regeneración en la vida matrimonial. Ciertamente también que dentro del matrimonio son factores de criminalidad en el hombre los disgustos conyugales por falta de entendimiento, excesivos agobios económicos o diversos tipos de infidelidad en la mujer, pero así y todo es considerada como altamente beneficiosa la influencia de la vida marital con vista a los factores potenciales del delito.

En cuanto a la mujer viuda se ha comprobado en ella cierta propensión a la criminalidad en relación con problemas exclusivamente económicos: su estado de viudez la deja desprotegida ante la dura existencia y recurre a los atentados contra la propiedad cuando ha de afrontar inevitables y difíciles problemas de subsistencia.

El mayor contingente delictuoso con vistas al estado del sujeto, está sin duda, integrado por seres de ambos sexos en estado célibe.

La profesión es otro de los relevantes factores determinantes de la personalidad delincuencial.

Las profesiones rudas son desempeñadas por tipos leptosomáticos y atléticos. El violentar cajas de caudales requiere fuerza y destreza, y nadie mejor que un obrero que domine estas cuestiones sentirá la inclinación a hacerlo. Los viajantes de comercio son tipos dotados de un gran dinamismo pero escasas fuerzas y prontos al agotamiento. Estos individuos en la esfera delictiva, cometerían estafas, cobro de cheques indebidos o de facturas falsas. La profesión de bailarín o camarero corresponde a individuos de precaria salud y mal dotados, o sea displásicos.

Los tratadistas han observado que las profesiones mejor remuneradas arrojan un índice notablemente más bajo de delincuencia. Han señalado también, en relación con profesiones que exigen ciertos conocimientos intelectuales elevados, que se produce el fenómeno registrado por Freud con el apelativo de «sublimación». Ello significa que cuando un refinamiento cultural se interpone entre la predisposición al delito y su ejecución, en vez de producirse el delito directo, que representa en potencia, da lugar a otros, derivados o elegantizados intelectualmente. Por ejemplo: Un sujeto de superior cultura, en vez de cometer un grosero robo cometería una estafa o un abuso de confianza; en lugar de un brutal asesinato se inclinaría por la calumnia, el insulto hiriente o la crítica mordaz y dañina; el delito de violación se transformaría en uno de seducción, y, en general, cualquier impulso primario de transgresión tosca, se convierte a influjo del contenido intelectual del sujeto, en otro derivado y de menor rudeza.

El delito es el término final de un proceso interno que solo espera una influencia desencadenante para manifestarse. Tal proceso conduce a la liberación de los mecanismos primitivos de reacción (o instintos primarios), con perjuicio de las demás soluciones adquiridas en la vida social civilizada, por lo que puede afirmarse que el delito está preformado en todos los sujetos cualquiera que sea su profesión. Las personas no deben diferenciarse en delinquentes o no delinquentes, sino en más o menos resistentes a las tendencias delictivas y de ello se deduce que están mejor condicionadas para esa resistencia las profesiones que implican más exacto conocimiento de los derechos y deberes sociales.

Otra condición operante en la dinámica del delito es el *lugar* donde transcurre la vida del sujeto.

Ampliando la acepción de esta palabra incluiremos en la misma la conjunción de características que le conformen, tales como temperatura, climática, suelo y paisaje.

Estudios sobre el delito urbano y rural determinan preponderancia, en general, de la delincuencia urbana sobre la rural. Desfalcos, fraudes y falsificaciones son más frecuentes en la ciudad, aunque los infanticidios y los delitos contra las personas, sodomia o trato carnal con animales y violaciones se presentan con mayor índice en los medios pueblerinos.

En cuanto a la climática se ha estudiado el influjo de las cuatro estaciones según detallados trabajos estadísticos criminales, siendo muy de observar que el aumento de los delitos contra la honestidad y el pudor alcanzan su máximo desarrollo en los meses de junio y julio, siendo su causa clínica la excitación de las hormonas sexuales. Los delitos de lesiones e injurias muestran su punto culminante en el mes de agosto, y los delitos contra la propiedad y el patrimonio se elevan espantablemente en los meses más fríos del invierno.

Como otros factores ambientales adyacentes pueden considerarse el hábito de la embriaguez, la toxicomanía y la prostitución, vicio que configuran un mundo extraño particular para sus adeptos.

El beodo pertinaz o alcoholizado es un sujeto que a consecuencia de su toxicomanía crónica y de las perturbaciones que el alcohol produce en su psiquismo, entra en conflicto con el medio. Ve lamentablemente reducido su horizonte mental y la degradación social le hace caer en la abyección, cometiendo brutales delitos de los que muchas veces son víctimas su propia esposa e hijos, y para satisfacer sus hábitos de bebida termina abandonando a su familia en la miseria. Principia robando los ahorros de su esposa y prosigue haciéndolo en el lugar de su trabajo, y, de un modo u otro termina en la cárcel, el presidio o el manicomio si no abandona la senda torcida.

Afortunadamente muy poco podemos decir actualmente en España sobre los toxicómanos. Hombres fatigados o crónicamente agotados buscaron la euforia por mediación de las drogas hacia los años de mil novecientos diecinueve a mil novecientos veintitrés en nuestra patria, pero enérgicas campañas profilácticas gubernamentales lograron el casi total desarraigo de esas fatales prácticas inductoras a toda clase de delitos mayores y monstruosas degeneraciones del sentido ético y moral.

De la mujer caída, cuyo ambiente circundante es un mundo extraño, en el que se ve adulada, halagada y aplaudida hasta el extremo de que muchas de ellas no llegan a apreciar lo mucho que hay de asocial y antijurídico de su conducta, se han efectuado detenidos estudios bajo el punto de vista psiquiátrico, encontrándose como causas determinantes la procedencia de progenitores alcohólicos, debilidad mental, histerismo y oligofrenia. Rodeada, en general, desde la primera infancia

Estudios sobre el delito urbano y rural determinan preponderancia, en general, de la delincuencia urbana sobre la rural. Desfalcos, fraudes y falsificaciones son más frecuentes en la ciudad, aunque los infanticidios y los delitos contra las personas, sodomia o trato carnal con animales y violaciones se presentan con mayor índice en los medios pueblerinos.

En cuanto a la climática se ha estudiado el influjo de las cuatro estaciones según detallados trabajos estadísticos criminales, siendo muy de observar que el aumento de los delitos contra la honestidad y el pudor alcanzan su máximo desarrollo en los meses de junio y julio, siendo su causa clínica la excitación de las hormonas sexuales. Los delitos de lesiones e injurias muestran su punto culminante en el mes de agosto, y los delitos contra la propiedad y el patrimonio se elevan espantablemente en los meses más fríos del invierno.

Como otros factores ambientales adyacentes pueden considerarse el hábito de la embriaguez, la toxicomanía y la prostitución, vicio que configuran un mundo extraño particular para sus adeptos.

El beodo pertinaz o alcoholizado es un sujeto que a consecuencia de su toxicomanía crónica y de las perturbaciones que el alcohol produce en su psiquismo, entra en conflicto con el medio. Ve lamentablemente reducido su horizonte mental y la degradación social le hace caer en la abyección, cometiendo brutales delitos de los que muchas veces son víctimas su propia esposa e hijos, y para satisfacer sus hábitos de bebida termina abandonando a su familia en la miseria. Principia robando los ahorros de su esposa y prosigue haciéndolo en el lugar de su trabajo, y, de un modo u otro termina en la cárcel, el presidio o el manicomio si no abandona la senda torcida.

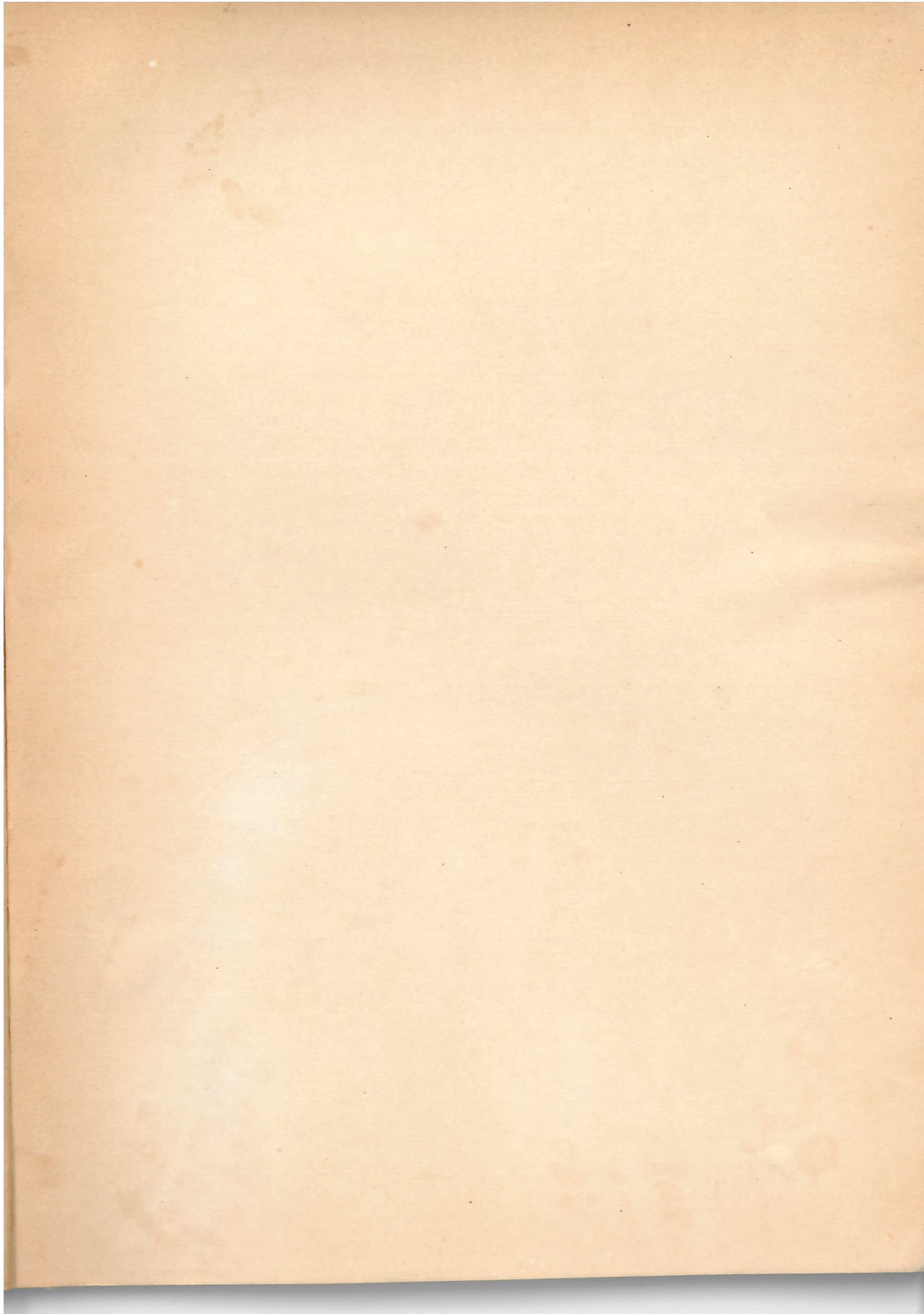
Afortunadamente muy poco podemos decir actualmente en España sobre los toxicómanos. Hombres fatigados o crónicamente agotados buscaron la euforia por mediación de las drogas hacia los años de mil novecientos diecinueve a mil novecientos veintitrés en nuestra patria, pero enérgicas campañas profilácticas gubernamentales lograron el casi total desarraigo de esas fatales prácticas inductoras a toda clase de delitos mayores y monstruosas degeneraciones del sentido ético y moral.

De la mujer caída, cuyo ambiente circundante es un mundo extraño, en el que se ve adulada, halagada y aplaudida hasta el extremo de que muchas de ellas no llegan a apreciar lo mucho que hay de asocial y antijurídico de su conducta, se han efectuado detenidos estudios bajo el punto de vista psiquiátrico, encontrándose como causas determinantes la procedencia de progenitores alcohólicos, debilidad mental, histerismo y oligofrenia. Rodeada, en general, desde la primera infancia

de un ambiente inmoral, solamente requiere una oportunidad mínima para caer. Esta mujer termina no viendo absolutamente nada censurable en su conducta ni encuentra reproche o censura de ningún género precisamente porque quienes se relacionan con ella lo hacen exclusivamente para utilizarla en tal calidad.

Es muy difícil separar las causas inherentes a las circunstancias y el medio en el cual ha vivido. En toda existencia, el ambiente contribuye a formar la mentalidad y actúa sobre la conducta; la mentalidad, a su vez, determina el ambiente y es muy difícil descubrir la importancia exacta que desempeña cada uno de estos factores, pero confiemos en que las afortunadas y recientes medidas estatales proteccionistas de la mujer del Decreto-Ley de 13 de marzo de 1956, finalicen con tan lastimosa representación del vicio carnal...

Se ha presentado una serie de llagas que azota a la sociedad bajo sus diversas formas, pero no seamos pesimistas, las fuerzas del bien trabajan siempre con éxito y velan por todos nosotros en lucha contra ellas.



CASOS POLICIACOS REALES



30 Ptas.